



Índice

- I. VIDA: Nacimiento
Siglo y lugar
Ambiente familiar, social y económico
Relación con un acontecimiento de la época.
Ejemplo sociedad estamental
Proyecto de vida. Mujer.

- II. RELACIÓN CON LA IGLESIA
Conflicto con el Papado
Compromiso de Catalina con la Iglesia (¿y tú?)
Doctora de la Iglesia y Patrona de Europa

- III. VALORES DOMINICANOS EN SANTA CATALINA
Fortaleza
Voluntad
Tesón
Sensibilidad
(Lc. 10, 21; Mt 11, 25 – 26; 1ª Cor 1, 26 – 29; Rom 12, 8)

- IV. APLICACIÓN A LA VIDA

- V. VOCABULARIO
Carisma
Mística
Ascética
Laico
Avignon
Gregorio XI
Urbano VI
Canonizar
Doctora de la Iglesia
Mantelatas
Contemplación

- VI. CARTA DEL MAESTRO GENERAL DE LA ORDEN DE PREDICADORES

- VII. BIBLIOGRAFÍA



I. VIDA

- **Nacimiento**
- **Siglo y lugar**
- **Ambiente familiar, social y económico**
- **Relación con la época**
- **Proyecto de vida. Mujer**

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE SANTA CATALINA

1347. Nace en Sena juntamente con su hermana gemela Juana, las cuales hacen el número veintitrés y veinticuatro de los hijos del tintorero Jacopo de Benincasa y de su esposa Monna Lapa de Puccio de la familia de los Piagenti.
1353. Cuando descendía por el Valle Piatta tiene la primera visión sobrenatural.
1354. Hace voto de virginidad.
1363. (hacia) Recibe el hábito de las terciarias dominicas, denominadas las “mantelatas”.
1367. (hacia) Recibe el don del “desposorio místico” con Cristo. Recibe asimismo la misión de dedicar su vida a la salvación de los hermanos en nombre de Cristo. Empieza a formarse entorno a ella una “familia” de discípulos.
1368. Año de grandes tumultos y revoluciones políticas en Sena. La Santa libra de la muerte a dos hermanos suyos. El Emperador Carlos IV recibe una humillación de parte de los senenses.
1370. Es el año en el que la Santa tiene los grandes éxtasis, los singulares fenómenos místicos del “trueque de corazones”, de la “muerte mística”, y de otros dones maravillosos.
1372. Primeras cartas “políticas” al Cardenal Legado a favor de la paz de Italia
1373. La Santa trabaja por la difusión de la idea de cruzada que había sido convocada por el Papa.
1374. Se traslada a Florencia durante el Capítulo General de los dominicos. Se le asigna como confesor y guía espiritual a fray Raimundo de Capua, que más tarde será su biógrafo. Vuelve a Sena, en donde estalla una gran peste; allí la Santa asiste a los apestados y cura a su confesor y al noble Mateo de Cenni. Pasada la peste, va por primera vez a Montepulciano.
1375. Viaja a Pisa, en donde el 10 de abril recibe los “estigmas” invisible en la iglesia de Santa Cristina. De regreso a Sena asiste y convierte al condenado a muerte Niccolo de Tuldo. En este año Florencia se subleva contra el Papa.
1376. Florencia viene castigada con el “interticto” papal. La Santa, por deseo de los florentinos, va a Aviñón para interceder ante el Papa a favor de los florentinos. Allí anima al Papa a volver a Roma, cosa que realiza Gregorio XI el 13 de septiembre. La Santa pasa por Tolón, libra Varranze de la peste, se encuentra con el Papa en Génova y en diciembre se halla de nuevo en Sena.
1377. El 17 de enero el Papa Gregorio XI hace su ingreso en Roma. La Santa le escribe a favor de Sena que se había unido a Florencia en la rebelión contra el Papa. Durante el verano realiza una amplia misión de paz y de evangelización entre los habitantes del Val d’Orcia, después de haberse iniciado los trabajos para transformar en monasterio el castillo de Belcaro. El 13 de diciembre se dirige a Florencia por encargo del Papa para entablar negociaciones de paz.
1378. El 27 de marzo muere Gregorio XI y el 8 de abril tiene lugar la contestada elección de Urbano VI. En el verano la Santa está a punto de morir en un



tumulto en Florencia y tiene que refugiarse durante un tiempo fuera de la ciudad. Sin embargo, la paz entre Florencia y el Papa se concluye el 28 de julio.

El 20 de septiembre estalla el gran Cisma de Occidente con la elección en Fondi del antipapa Clemente VII.

En octubre la Santa termina de citar el **Diálogo**. Poco tiempo después y ante la llamada del Papa Urbano VI, deja Sena acompañada de la “bella brigada” de sus discípulos y llega a Roma el 28 de noviembre, siendo inmediatamente recibida por el Papa, el cual la hace hablar públicamente ante los cardenales. En diciembre despide a fray Raimundo que se embarca en Ostia para una misión anticismática en Francia.

- 1379. Durante todo el año, la Santa manda cartas y mensajes por todo el mundo cristiano para sostener la causa del verdadero Papa. Aplaca a los romanos que se habían sublevado contra el Papa y bendice a Tomás d’Alvano, que vence en la localidad de Marino a las tropas del antipapa.
- 1380. Entre terribles pruebas morales y físicas, la Santa va perdiendo poco a poco las fuerzas, no obstante conserva una actividad epistolar bastante notable.
En la mañana del 29 de abril, muere en Roma, después de haber ofrecido su vida por la Iglesia. Su cuerpo se conserva en Roma en la Iglesia de Santa María sopra Minerva.
- 1461. El 29 de junio el Papa senense Pío II canoniza a Santa Catalina.
- 1866. El 8 de marzo, el Papa Pío IX declara a Santa Catalina copatrona de Roma.
- 1939. El 18 de junio el Papa Pío XII proclama a la Santa, juntamente con San Francisco de Asís, Patrona de Italia.
- 1970. El 4 de octubre el Papa Pablo VI incluye a la Santa en el catálogo de los Doctores de la Iglesia.

- Fiesta: 30 de abril.
- Virgen, esposa mística de Cristo, segunda mujer proclamada Doctora de la Iglesia, dominica terciaria, consejera de papas, autora del “*Diálogo*”
- Patrona de Italia



Una vida para darla



La vida de Santa Catalina se desarrolla en dos períodos: el primero constituye su vida casi escondida y se extiende hasta la edad de 20 años. Este primer periodo puede ser entendido como tiempo de preparación, primero en la intimidad de la casa paterna y, más tarde, en sociedad con las humildes terciarias dominicas de Sena. El segundo periodo empieza cuando se siente llamada por Dios a la actividad exterior o pública. Dura sólo 13 años y constituye una continua expansión del espíritu de la Santa, sedienta de hacer el bien mediante las obras de caridad y de celo apostólico. Empieza en su ciudad natal de Sena, expandiéndose más tarde por las tierras y villas de la región senense. Pero el celo de la Santa no termina aquí: continúa preocupándose por el bien de las repúblicas circundantes y de toda Italia, para terminar convirtiéndose en un apostolado singular a favor de la Iglesia y de la sociedad. Las ciudades de Sena, Florencia, Aviñón y Roma constituyen el teatro sucesivo de esta maravillosa actividad. Pero es Roma la que finalmente recoge los últimos acentos y anhelos de este inmenso corazón apostólico.

Sus cortos 33 años de vida (1347 – 1380) fueron de gran impacto para la Iglesia. Santa Catalina es una de las tres doctoras de la Iglesia, a pesar de que nunca tuvo una preparación académica formal y no sabía leer ni escribir (las otras dos doctoras son Santa Teresa de Avila y Santa Teresita del Niño Jesús). Santa Catalina fue el instrumento del Señor para que regresara el Papado de Aviñón (Francia) a Roma.

Santa Catalina tenía un profundo amor a la Eucaristía, a la Santísima Virgen y a los pobres. Tuvo muchas experiencias místicas, entre ellas: El desposorio con Cristo, profecías, estigmas y ayunos de largos períodos, en los cuales se alimentaba solamente de la Eucaristía.

En la fiesta de la Anunciación, en el año 1347, nació en Siena, “la ciudad de la Virgen”, una joven de un atractivo extraordinario y de una gran fuerza de voluntad. En sólo 33 años de santidad vivió, sufrió y murió por el Cuerpo Místico de su Amado Señor. Esta alma extraordinaria es conocida en la historia como Santa Catalina de Siena, una de las más grandes de la Iglesia, y una de las más fascinantes.



Durante su corta vida convirtió a muchos, de diferentes edades y clases, a una auténtica vida cristiana. Los que la conocían sabían que sólo tenían que presentarle a Catalina un pecador y, por su sencilla pero profunda caridad, y por su corazón y personalidad, el pecador era movido a ser otro “catelinato”, como le decían a sus seguidores en Siena.

Jesucristo es el centro de su vida.

Catalina fue tan inmensamente devota a su Salvador que Él fue el centro de todas sus muchas experiencias místicas. Pero veremos como la Santa, tenía una muy tierna, amorosa y confiada relación la Virgen Santísima y, en un número significativo de eventos en su vida, buscó su refugio en la Madre de Dios o fue la Virgen la que vino en su ayuda.



Confianza y amor a la Virgen María.

Desde niña, empezó a orar a la Reina de Siena y, a menudo, se le oía rezar el Ave María bajando las escaleras de su casa. Un día cuando tenía 6 años y, mientras caminaba por las calles de Siena con su hermano, elevó su mirada y de repente vio en el techo de la Iglesia de Santo Domingo, al Rey de Reyes sobre un espléndido trono, vestido como el Papa con su corona Papal; y con Él estaban San Pedro, San Pablo y San Juan. Jesús, mirando con ternura a Catalina, despacio y solemnemente, la bendijo, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre ella con su mano derecha, como lo hace un obispo.

Desde ese momento, Catalina dejó de ser una niña, se enamoró profundamente de su amado Salvador. “Esa visión y esa bendición fueron tan poderosas que después ella no pudo pensar en nada más que en los ermitaños y en cómo imitarlos”.

El año siguiente, ante un cuadro de Nuestra Señora, se ofreció al Señor que la había bendecido. En este momento tan crucial oró a la Virgen: “¡Santísima Virgen, no mires mi debilidad, sino dame la gracia de tener como esposo a Aquel a quien yo amo con toda mi alma, tu Santísimo Hijo, Nuestro Único Señor, Jesucristo! Le prometo a Él que nunca tendré otro esposo”.

Sólo Jesucristo será su esposo.

Cuando Catalina tenía doce años, su familia quería obligarla a contraer matrimonio. Ella, después de consultar con un sacerdote dominico acerca de su voto de castidad y cómo defenderlo ante esta amenaza, se cortó el pelo, como señal de haber “cortado” con el mundo. Sus padres hacían todo lo posible por impedir que ella tuviera tiempo de oración y soledad. La pusieron a trabajar a toda hora, tratándola muy mal, como sirviente de la familia. Catalina humildemente aceptó este rechazo de su familia, y actuaba como si estuviese en la casa de Nazaret, tomando como a su única madre a la Virgen Santísima.

Sus hermanas y amistades la persuadieron para que participara en sus diversiones y vanidades. Pero pronto se arrepintió y le dolió aquello por el resto de su vida. Lo consideró como la mayor infidelidad a su esposo del cielo de la cual ella fue culpable. La muerte de su hermana mayor, Bonaventura, ocurrida poco después, confirmó sus sentimientos.

Modelo de virtud antes de sus quince años de edad.

Con su ejemplo de humildad, obediencia y caridad ante su familia, los conquistó y entonces le permitieron ser miembro de la Tercera Orden de Santo Domingo y tener un cuarto privado. Allí comenzó a hacer actos de mortificación heroicos. Se alimentaba principalmente de hierbas y vestía con telas muy crudas. Asistía con gran generosidad a los pobres, a los enfermos, consolaba a los presos. Su sometimiento de la propia voluntad al Señor, aun en sus penitencias, daba verdadero valor a lo que hacía.

Pero sus experiencias místicas no le quitaban las pruebas. Sufría por su temperamento al que dominaba con gran paciencia y por los baños calientes que le ordenaron los médicos. En medio de sus dolencias, oraba sin cesar para expiar sus ofensas y purificar su corazón.

Recibe el hábito de la Tercera Orden dominica

En la noche anterior a su profesión en la Orden, después de pasar por una severa prueba en la cual el demonio se le apareció como un caballero muy guapo y elegante y le ofreció un traje de seda con joyas brillantes, Catalina se tiró sobre el crucifijo y gritó: “¡Mi único, mi amado esposo, Tú sabes que jamás he deseado a nadie más que a Ti. Ven en mi ayuda, mi amado Salvador!”.



De pronto, frente a Catalina estaba la Madre de Dios, teniendo en sus manos un traje de oro y, con su voz suave y tierna, la Virgen le dijo: “Este vestido, hija mía, lo he traído del corazón de mi Hijo. Estaba escondido en la herida de su costado como en una canasta de oro y te lo hice con mis propias manos”. Entonces, con ferviente amor y humildad, Catalina inclinó su cabeza, mientras la Virgen le imponía este vestido celestial.

Por fin, en 1635, a los 18 años (según algunos escritores a los 20), recibió el hábito de la Tercera Orden dominica.

Durante tres años después de recibir el hábito, Catalina vivió en la santa soledad de su pequeño cuarto y en su capilla favorita. Allí pasó un entrenamiento estricto basado en la autonegación y desarrollo espiritual bajo la dirección personal de Cristo y de su Madre. No hablaba sino con Dios, la Virgen y su confesor.

Severos ataques del demonio.

La serpiente, viendo su vida angelical, la asaltaba buscando destruir su virtud. Llenaba su imaginación con las más sucias representaciones y asaltaba su corazón con las más bajas y humillantes tentaciones. Después su alma quedaba en una nube en la oscuridad, la más severa prueba imaginable. Se veía a sí misma cientos de veces al borde del precipicio, pero siempre sostenida por una mano invisible. Sus armas eran la oración ferviente, la humildad, resignación y confianza en Dios. Así venció las pruebas que sirvieron mucho para purificar su corazón. Nuestro Señor la visitó después y ella le dijo: “¿Dónde estabas, mi divino Esposo, mientras yo yacía en tan temible condición de abandono?”. Jesús le contestó: “Estaba contigo. ¿Cómo?, replicó ella, ¿entre las sucias abominaciones en que infectaban mi alma?”. Él le dice “Eran desagradables y sumamente dolorosas para ti. Este conflicto, por lo tanto, fue tu mérito y la victoria sobre ellas fue debido a mi presencia”.

El enemigo también la invitaba al orgullo, sin escatimar ni violencia ni estrategia alguna para seducirla a sus vicios. Pero la humildad era su defensa. Dios la recompensó con su caridad para los pobres y muchos milagros.

***Nada temas.
Te he puesto
el escudo de la fe...***

Nupcias con Jesús

Un jueves, después de que Catalina había orado todo el día con extraordinaria fe, Nuestro Señor se le apareció y le dijo: “Ya que por amor a mí has renunciado a todos los gozos terrenales y deseas gozarte solo en mí, he resuelto solemnemente celebrar mi matrimonio contigo y tomarte como mi esposa en la fe”.

Mientras el Señor hablaba aparecieron muchos ángeles, su Santísima Madre, San Juan, San Pablo y Santo Domingo (ella era de su Orden). Y mientras el Rey David tocaba una dulce música en su arpa, nuestra amorosa Madre tomó la mano de Catalina y la puso en la mano de su Hijo. Entonces Jesús, puso un anillo de oro en el dedo de Catalina y dijo: “Yo, tu Creador y Salvador, te acepto como

esposa y te concedo una fe firme que nunca fallará.... Nada temas. Te he puesto el escudo de la fe y prevalecerás sobre todos tus enemigos”.

Guía de Papas y pobres.

Con la fortaleza recibida del Señor, Catalina continuó creciendo en su fervor y efectividad en el apostolado, primero entre la gente de Siena, luego en Pisa, en Florencia y, eventualmente, en las ciudades papales de Aviñón y Roma. Catalina fue atrayendo a un grupo de devotos amigos. Todos sus discursos, acciones y hasta su silencio inducían al amor a la virtud. Según el papa Pío II, nadie se acercó a ella que no se fuera mejor.

Estableció una inspiradora correspondencia que alcanzó seis volúmenes. Comenzaba todas sus cartas con estas palabras: “En el nombre de Jesucristo Crucificado y de la dulce María”.

Santa Catalina llegó a influir en dos papas, numerosos prelados y religiosos. Más que ningún otro factor, fueron las oraciones y sacrificios de esta joven esposa de Cristo, las que le permitieron ser instrumento de mensaje divinos que llegaron a ser escuchados por el Papa.

La conversión de Nannes

Nannes, un poderoso personaje, fue llevado ante Catalina. Nada de lo que ella le decía parecía tener efecto. Entonces Catalina hizo una pausa repentina para ofrecer oraciones por él. En ese mismo instante, el joven comenzó a llorar profundamente convertido. Se reconcilió con sus enemigos y se dedicó a la penitencia. Cuando más tarde Nannes tuvo muchas calamidades temporales, la santa se alegraba entendiéndolo como para su bien espiritual. “Dios purgó su corazón”, dijo Catalina, “del veneno con que estaba infectado por su gran apego a las criaturas”. Nannes dio a Catalina una mansión, la cual ella, con la aprobación del Papa, convirtió en un convento.

Fueron muchas las conversiones impresionantes que se lograron por su mediación. Entre ellas, durante la peste de 1374, en la que sirvió a los enfermos, las de dos santos dominicos, Raimundo de Capua y Bartolomé de Siena. Los pecadores más empecinados se ablandaban ante el poder de sus exhortaciones.

Tenía el don de la sanación.

Catalina tenía gran compasión por los enfermos y los atendía con esmero. En una visita a Pisa, enviada por sus superiores, sanó a muchos enfermos y aún a más almas.

Intercede por un condenado.

Como Catalina dedicaba toda su vida enteramente al servicio del Crucificado y a su dulce Madre, ésta a menudo venía en su auxilio. En ocasiones en que Catalina tenía entre manos la conversión de un endurecido pecador, se dirigía con confianza a la Madre de Misericordia. A través de la Virgen Santísima logró la gracia de la resignación y de la paz para un joven condenado a la decapitación y pudo estar con él hasta el final.

“Esperé por él en el lugar de la ejecución, esperé en oración continua y en la presencia de María y, antes que él llegase, puse mi cabeza sobre el ladrillo y oré suplicándole al cielo, repitiendo: ¡María!. Quería obtener la gracia de que Ella, en el último momento, le diera luz y paz. Y María no me defraudó”.



Milagros al servicio de los pobres.

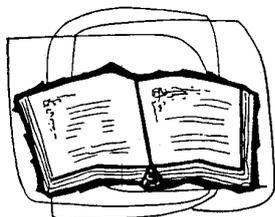
En al menos dos ocasiones, Catalina recibió ayuda sobrenatural de parte de María cuando preparaba comida para los demás. Una vez cuando estaba horneando pan para su familia; la otra, fue durante una epidemia, cuando, por la misma cantidad de harina que tenían todos los demás, logró sacar cinco veces más pan.

No debemos olvidar que Jesús le concedía tanto porque ella era siempre fiel, presta para sufrirlo todo y pasar las mayores pruebas por su amor.

El mayor de los milagros posiblemente fue su paciencia ante los severos ataques y reproches de personas desagradecidas que ella había beneficiado con sus servicios. Así fue el caso de una mujer leprosa a quien todos habían abandonado y que Catalina cuidó con esmero. Su cuidado continuó igual a pesar de los insultos de la mujer. Atendió a otra mujer cancerosa. Por mucho tiempo, Catalina vencía su natural desagrado y chupaba y vestía sus llagas. Ésta, sin embargo, publicó contra Catalina las calumnias más infames, las que fueron secundadas por una hermana del convento. Catalina sufrió en silencio la persecución violenta y continuó con afecto sus servicios hasta que, con su paciencia y oración, obtuvo de Dios la conversión de ambas.

Un noble secretario.

Esteban fue uno de los discípulos más cercanos a Catalina. Hijo de un senador de Siena, sus enemigos lo habían llevado a la ruina. La Santa le enseñó el camino del evangelio y la renuncia a las cosas del mundo. Se hizo su secretario y compiló sus palabras y cartas. Fue su compañero en los viajes a Aviñón, Florencia y Roma. Más tarde, por consejo de la santa, Esteban se hizo monje cartujo. Asistió a la santa en su muerte y escribió su vida.



El *Diálogo* de Santa Catalina de Siena

Fue en el “día de María”, como Catalina llamaba al sábado, cuando empezó a escribir su famoso *Diálogo*, un tratado inspirado en las virtudes cristianas.

Catalina de Jacopo (Giacomo) Benincasa ocupa un puesto relevante en la historia de la literatura italiana. Esta humilde mujer del pueblo, “iliterata” como dicen los escritos de la época, ha dejado unas 375 cartas materialmente escritas por los discípulos a quienes la Santa dictaba. En los últimos meses que precedieron a su ida a Roma, en donde habría de morir a los 33 años, compuso el *Diálogo de la Divina Providencia*, todo él dictado mientras se hallaba en éxtasis. También durante los éxtasis fueron recogidas, sin que ella lo supiera, Las Oraciones, es decir, las plegarias que dirigía al Señor. Son sus composiciones más breves, pero quizás las más sublimes por la altura del contenido teológico.

Cuando Niccolò Tommaseo llamaba a Santa Catalina de Sena “la mujer más grande del cristianismo”, estaba de acuerdo con la alabanza que Cornelio de Lápide había hecho al calificarla de “asombro y portento de los siglos”. En efecto, según el conocido escritor, en la historia de la humanidad y concretamente del cristianismo, no se encuentra otra más que pueda comparársela, si se piensa en su origen humilde y en su educación sin estudios, lo cual no fue óbice para que llegase a ser en alto grado la maestra iluminada, la escritora excelsa, la oradora incomparable, la consejera de príncipes y de pontífices, y la árbitra de los destinos de la Iglesia de su tiempo. Y esta prodigiosa actividad tiene lugar en el breve espacio de pocos años, con la admiración de cuantos la conocieron y el entusiasmo de los que tuvieron la fortuna de vivir en torno a ella.

La Virgen le da un confesor

Catalina había orado durante mucho tiempo para conseguir un buen confesor y director espiritual. Ella, como todos los santos, comprendía la importancia de ser guiada por un santo pastor de almas. Un día, durante la misa en la Iglesia dominica de Santa María Novella, en Florencia, le pareció a la santa que la Virgen estaba de pie a su lado y le indicaba un sacerdote para que fuera su guía: el padre Raimundo de Capua. Éste se convirtió en el director espiritual de Catalina. Después de mucho años de una relación muy fructífera, le llamó: “mi padre y mi hijo, quien mi dulce Madre María me regaló”. Él, por su parte, creció mucho espiritualmente gracias a la inspiración de Catalina y llegó a ser beatificado.



Raimundo de Capua, su confesor, nos cuenta

Los padres de Catalina

En Siena, ciudad de Toscana, vivió un hombre llamado Giacomo cuyo padre, según la costumbre del lugar, era llamado comúnmente Benincasa.

Giacomo era un hombre honesto a toda prueba, temeroso de Dios y sin vicios. Cuando se quedó sin padres tomó por esposa a Lapa, mujer de su ciudad, la cual llevaba muy bien todos los asuntos de la casa y de la familia. Perteneían a una clase de gentes muy estimadas y gozaban de cierto desahogo.

El Señor bendijo a Lapa y la hizo fecunda pues, casi cada año, tenía un hijo o una hija y, algunas veces, incluso dos en el mismo parto.

Sería cometer una injusticia callar las cualidades singulares de Giacomo. Lapa contaba que él era de ánimo tan firme y de tal moderación en la lengua, que cualquiera que fuese la ocasión que se le presentase para la turbación o para la molestia, no recurría nunca a palabras que no fuesen convenientes; más aún, cuando alguno de la casa, por alguna dificultad encontrada, se expresaba con vivacidad, lo corregía de inmediato con la sonrisa entre los labios, fuese quien fuese, diciendo: “¡Anda, que Dios te bendiga! ¡No te hagas mala sangre y no digas palabras que no están bien en nuestra boca!”. También me contaba cómo una vez un conciudadano de Giacomo pretendía de él, por la fuerza y contra toda justicia, una suma de dinero que de ningún modo le debía y cómo, con la ayuda de amigos y basándose en calumnias, había causado tantas molestias a aquel buen hombre, que lo llevó a la ruina; y sin embargo, él no pudo sufrir que en su presencia se murmurase de su calumniador o se hablase mal de él; más todavía, reprendía suavemente a la misma Lapa cuando intentaba hacerlo. “¡Muy querida mía, le decía, que Dios te bendiga! Déjalo hacer. Dios le mostrará su error y hará que él mismo se convierta en nuestro defensor”. Lo cual sucedió en poco tiempo, pues la verdad se supo casi por milagro y aquel individuo aprendió a sus propias expensas hasta qué punto se había equivocado en su injusta persecución.

Estas cosas las contó Lapa con toda seriedad y son plenamente creíbles pues, dada su sencillez, aunque quisiera decir una mentira no conseguiría nunca hacerlo. Además, todos los que conocieron a Giacomo aseguraban que fue un hombre sencillo, recto y sin vicios.

Para terminar, hay que decir que la modestia en el hablar de ese padre de familia era tan grande que en casa todos, educados como estaban en su escuela, no decían ni podían oír discursos inconvenientes o deshonestos.

Sucedió una vez que una hija suya, Bonaventura, se casó con un joven de su ciudad llamado Niccoló. Éste, que se había quedado solo, empezó a relacionarse con una banda de jóvenes de su ciudad de lengua muy suelta y que solían hablar muy mal; él acabó haciendo lo mismo. Bonaventura tuvo tal disgusto por ello que se puso enferma. El caso fue que aldegazaba y se debilitaba a simple vista. Pasados algunos días, al preguntarle su marido la causa de su malestar, ella le respondió: “En casa de mi padre no me han acostumbrado a oír ciertas palabras que oigo aquí a diario; mis padres no me han educado así. Has de saber que si en esta casa no se deja de decir palabrotas pronto me verás muerta”. Niccoló, tras esta respuesta, se quedó admirado y estupefacto; edificado así por el comedimiento de sus suegros y de su esposa, prohibió a sus compañeros usar palabras inconvenientes en presencia de ella. Así lo hicieron y de este modo la modestia y las buenas costumbres de la casa de Giacomo corrigieron la licencia y la deshonestidad de la casa de Niccoló, su yerno.



Giacomo ejercía el arte de fabricar y mezclar colores para teñir paños de lana; tanto él como sus hijos, por el oficio que ejercían, eran conocidos en toda la ciudad como los “tintoreros”.

Nacimiento e infancia de Catalina

Mientras Lapa con sus frecuentes partos llenaba de hijos e hijas la casa de Giacomo, hacia el final de su edad fértil, quiso el cielo que concibiera y diera a luz a dos gemelas que por eterna predestinación debían ser presentadas ante los ojos de Dios: lo que efectivamente sucedió.

Parió pues dos hijas, débiles por la constitución de sus miembros, pero robustas respecto al Señor. Apenas la madre hubo visto a sus criaturillas, comprendió que no las podría amamantar a ambas y estableció dar una de ellas a un ama de cría y quedarse con la otra para alimentarla con su propia leche. Fue voluntad de Dios que guardase junto a sí la que el Señor, desde la eternidad, había elegido por esposa.



Al recibir la gracia del Bautismo, aun siendo ambas del número de los elegidos, la favorita fue llamada Catalina y la otra, Giovanna. Giovanna, en poco tiempo, murió y quedó sola Catalina para llevar más adelante al cielo una cadena de almas.

Lapa amamantó a la hija con todo cuidado y diligencia, considerando que le había quedado precisamente la que ella había elegido con preferencia a su hermana difunta; de ello vino que, como muchas veces repitió, entre todos sus hijos, el mayor bien lo deseaba para ella. También contaba que, a causa de los frecuentes embarazos, no había podido nunca amamantar con su propia leche a ninguno de sus hijos; a ésta en cambio la pudo amamantar hasta el final, pues no se volvió a quedar embarazada sino una vez terminado el tiempo del amamantamiento; casi como si hubiera sido conveniente que, por la gracia de esta hija, tuviese una pausa en sus partos a la espera de haber destetado a la que debía tocar y alcanzar el término de toda perfección.

Después de Catalina, Lapa tuvo otra hija que recibió el nombre de Giovanna en memoria de la hermana muerta. Este fue el vigésimo quinto y último hijo de Lapa.

Catalina, una vez hubo dejado la leche comenzó a comer pan; cuando pudo moverse por sí misma apareció a los ojos de todos tan graciosa y juiciosa en el decir, que difícilmente conseguía la



madre tenerla en casa, porque todos los vecinos y parientes se la llevaban a sus casas para oírla hablar y disfrutar de su compañía.

No se sabe cómo sucedió que en uno de esos excesos de contento le cambiasen el nombre de Catalina por el de Eufrosina. Con el tiempo, ella misma descubrió el significado escondido de ese nombre; fue entonces cuando se propuso imitar a Santa Eufrosina. Fuera como fuere, se veía bien que germinaba ya en la pequeña aquello que de mayor daría su fruto. Pero no hay lengua ni pluma que pueda describir con agilidad la sabiduría y la prudencia de sus discursos ni la dulzura de su conversación; sólo quienes se acercaron a ella saben algo de lo que fue.

Cuando ella hablaba comunicaba un cierto no sé qué por el cual las mentes de los hombres se encontraban tan incitadas al bien y al placer de Dios que desaparecía toda tristeza del corazón de quien la escuchaba. Desaparecía también toda aflicción interna, toda pena era olvidada y le invadía una gran tranquilidad de ánimo que siempre se maravillaba de sí mismo y, mientras gozaba de un nuevo placer, pensaba en su ánimo: “Qué bien se está aquí; hagámonos tres tiendas para siempre”. Tampoco nos hemos de maravillar por ello porque sin duda alguna estaba escondido de manera invisible en el pecho de su esposa Aquél que, transfigurado en lo alto del monte, impulso a Pedro a pronunciar estas palabras.

Volvamos a nuestra narración: entretanto Catalina crecía y se iba haciendo más fuerte, hasta llenarse muy pronto del Espíritu Santo y de la Sabiduría divina. A los cinco años, más o menos, había aprendido el Ángelus y lo repetía muy a menudo; inspirada por el cielo, como ella misma me dijo muchas veces en confesión cuando se ofrecía la ocasión de hablar de ello, comenzó a saludar a la bienaventurada Virgen subiendo o bajando las escaleras, arrodillándose en cada escalón. Así, aquella que con su conversación se había hecho agradable a los hombres, ahora se hacía muy agradable a Dios con sus devotas y frecuentes oraciones, y con el ascender como podía desde las cosas visibles hasta las invisibles.

Comenzados así los actos de su devoción, y aumentándolos cada día, el Señor de las misericordias se lo quiso premiar con una estupenda y graciosa visión, para incitarla a recibir mayores gracias y, al mismo tiempo, demostrarle hasta qué altísimo cedro crecería aquella pequeña planta, cultivada y regada por el Espíritu Santo.

Un día, la niña, que debía tener unos seis años, tuvo que acercarse en compañía de su hermano Stefano, un poco mayor que ella, a visitar a su hermana Bonaventura. Iba quizá a hacer algún recado de parte de su madre. Sucede que las madres van o mandan a otros a visitar a las hijas casadas para cerciorarse de que están bien de salud. Efectuado el encargo, mientras desde la casa de la hermana volvía a su propia casa por una cuesta que la gente llamaba *Valle Piatta*, la niña alzó los ojos y vio frente a sí y suspendido en los aires, por encima del tejado de la iglesia de los frailes Predicadores, un bellissimo trono adornado magníficamente. En él, sentado como un emperador y revestido con hábitos pontificales y con la tiara en la cabeza, esto es, con la mitra monárquica y papal, estaba sentado el Señor Jesucristo, Salvador del mundo. Estaban con Él Pedro, el príncipe de los Apóstoles, Pablo y el santo evangelista Juan. Al ver aquello, la niña se quedó como clavada en el suelo y, con la mirada fija y sin pestañear, miraba amorosamente a su Salvador y Señor que se mostraba de aquel modo para cautivar su amor. Fijándose en ella con sus ojos llenos de majestad y sonriéndole con

dulzura, levantó la mano derecha y, haciendo el signo de la cruz, le hizo el don de su eterna bendición.

La gracia de ese don fue tan eficaz y tan inmediatamente para Catalina que, arrobada y totalmente embelesada por Aquél que la miraba con tanto amor, aun siendo de natural muy tímido, se quedó en medio de la calle, muy frecuentada por hombres y animales. Miraba con los ojos levantados y la cabeza firme; y ciertamente se hubiera quedado allí todo el tiempo de la visión si nadie la hubiese distraído y se la hubiese llevado.

Mientras el Señor operaba estos prodigios y Catalina permanecía quieta, su hermano Stefano, que la acompañaba, siguió adelante por su propia cuenta creyendo que ella le seguía; pero poco después se dio cuenta de que estaba solo; miró atrás y, al ver a su hermana en pie y con los ojos en alto, comenzó a llamarla a gritos. Al darse cuenta de que no le respondía ni se fijaba en él, sin dejar de gritar volvió atrás; como ella no se daba cuenta de nada, la sacudió fuertemente y le dijo a gritos: “¿Pero qué haces? ¿Por qué no vienes?”. Ella, como si despertara, bajando un poco los ojos, respondió: “Si vieras lo que yo veo, por todo el oro del mundo no me distraerías tan malamente de esta bellísima visión”. Dicho esto, volvió a alzar los ojos, pero la visión había desaparecido; así lo quiso Aquel que se le había aparecido. No pudiendo soportarlo sin disgusto, comenzó a llorar culpándose a sí misma y lamentándose de haber apartado los ojos de lo que vio en lo alto.

A partir de ese momento pareció que, por sus virtudes, por la seriedad de sus costumbres y por la cordura extraordinaria que tenía, se escondiera bajo la vestimenta de la niña una mujer madura. Su hacer, en efecto, no tenía nada de infantil ni nada de mujer joven, sino que era todo él de una madurez venerable. En aquel momento se había encendido en ella el fuego del divino amor que iluminaba su mente, inflamaba su voluntad, robustecía su pensamiento y hacía que sus actos exteriores se conformasen a la ley divina.

A mí, tan indigno, reveló humildemente en confesión que en aquel tiempo, sin la ayuda de maestro y sin haberlo leído en los libros, sino sólo con la enseñanza del Espíritu Santo, había sabido y conocido la vida y el modo de vivir de los Santos Padres de Egipto, los hechos principales de la vida de otros Santos y especialmente del bienaventurado Domingo; y que había sentido un deseo tan vivo de imitar su vida y sus gestas que no podía pensar en ninguna otra cosa.

Gracias a esta ciencia se hicieron presentes en la vida de la niña algunas noticias que llenaron de estupor a todo aquel que no estuviera al corriente de ello. Buscaba lugares escondidos y flagelaba en secreto su cuerpo con una cuerda; huía de los juegos infantiles para entregarse toda ella a la oración y a la meditación; al contrario de lo que hacen los niños, se volvía cada vez más silenciosa y disminuía cada vez más la comida de su sustento, cosa que no sucede nunca en los niños que crecen.

Llevadas por su ejemplo, se reunieron alrededor de ella muchas niñas de su edad, ávidas de oír sus santos discursos y de imitar como podían su modo de hacer. Así comenzaron a reunirse a escondidas junto con ella en un rincón apartado de la casa donde, con ella, se flagelaban y repetían, tantas veces como ella lo imponía, la Oración dominical y el Ángelus. Estas cosas, como veremos, eran un indicio de lo que sucedería más tarde.

Muchas veces, estos actos de virtud iban acompañados de gracias especiales de Dios. En efecto, tal como su madre me lo ha contado varias veces, la mayoría de las veces, al subir o bajar las



escaleras de casa sentía cómo era llevada por los aires sin que los pies tocasen los escalones. Su madre me aseguraba que se había sentido presa de gran angustia al verla subir las escaleras tan velozmente. Esto sucedía generalmente cuando cuenta quería huir de la compañía de los demás, especialmente de los hombres. Esta repetición del milagro de subir y bajar las escaleras creo que sucedía en virtud de la salutación que se había acostumbrado a recitar en cada escalón en honor de la Virgen.

Finalmente, para cerrar este capítulo, diré que Catalina, conocidos por pura revelación, como hemos contado, los hechos y la vida de los Santos Padres de Egipto, se sintió impulsada a imitarlos con todas sus fuerzas. Me confesó que de pequeña deseaba ardientemente retirarse a un yermo, pero que nunca había encontrado el camino. No era voluntad del cielo que ella se encerrase en un eremitorio y se la dejaba sobre esto en su ilusión; por lo tanto no podía tener ella sobre el particular más que el conocimiento sugerido por la inexperiencia de una niña. Así sucedió que, con sus pocos años, combatiendo el deseo, éste prevaleció pero sin victoria.

Sin poder contener ese deseo pensó una mañana salir a la busca de un yermo. Con previsión infantil cogió un pan y se fue sola en dirección a la casa de su hermana casada, que vivía cerca de la puerta de San Antisano. Atravesó la puerta, cosa que no había hecho nunca, siguió un camino escarpado y, al no ver casas, pensó que ya había llegado al borde del desierto. Caminó algo más hasta que finalmente encontró una gruta que le gustaba; entró en ella muy contenta, convencida de haber hallado el eremitorio de sus sueños.



Dios, que ella había visto que desde lejos la sonreía y la bendecía, y que acepta los buenos y santos deseos, aunque no había dispuesto que su esposa llevase aquel género de vida, no por ello dejó sin premio aquel gesto. Así, apenas se puso a rezar fervorosamente, fue levantada lentamente en el aire tan arriba como lo permitía la altura de la cueva, y permaneció así hasta la hora nona. Catalina pensaba que aquello sucedía por obra del demonio, como si con sus engaños quisiera impedirle rezar y quisiera quitarle el deseo de ser eremita; se puso entonces a invocar al Señor con más fervor y constancia.

Sólo hacia la hora en que el Hijo de Dios crucificado llevó a su cumplimiento la obra de nuestra salvación, ella, tal como había subido, pudo volver a poner los pies en el suelo y comprender, por inspiración divina, que no era todavía el momento de atormentar su cuerpecillo por el Señor y dejar la casa paterna; entonces, con el mismo espíritu con que se había puesto en marcha, volvió atrás. Al salir de la cueva se encontró sola y con el camino por hacer, demasiado largo para una niña de su edad. Temiendo que sus padres creyesen que se había perdido, se encomendó de nuevo al Señor y, como se lo contó a Lisa su cuñada, pronto se sintió llevada por los aires por el Señor y, en poco tiempo, sin sufrir daño, fue depositada cerca de la puerta de la ciudad. Apretando el paso, volvió a casa y los padres creyeron que volvía de casa de su hermana casada. Lo ocurrido no se supo hasta que ella, ya mayor, lo reveló a sus confesores, entre los cuales, aunque indigno, he sido el último en la elección y en el mérito.

Los episodios contenidos en este capítulo, en su mayor parte, me fueron referidos por Lapa, su madre; los demás, especialmente los últimos, me los refirieron la misma santa y Lisa. Pero para todo lo que he contado, excepto el último episodio, he tenido otros testimonios, tanto de su primer

confesor, que desde niño fue educado en casa de los padres de ella, como de mujeres dignas de fe, vecinas y parientes de los mismos padres de esta santa virgen.

Catalina viste el hábito de Santo Domingo

Conseguida también esta victoria, la santa virgen volvió a sus ejercicios cotidianos y comenzó a vivir la vida del espíritu con intensísimo ardor, pues se sentía asaltada sin tregua y cada vez más de cerca por el enemigo infernal. Cada día llantos, cada día lágrimas; continuamente suplicaba al Señor a fin de que la hiciera digna de recibir el tan anhelado hábito, que le había sido prometido por la divina Bondad por mediación del Santo Padre Domingo. Ella consideraba que su voto de virginidad no estaría nunca seguro ante los asaltos de los de casa si no vestía aquel hábito santo. Sabía bien que cuando hubiera recibido aquel hábito acabarían para ella las inoportunas presiones a favor de un matrimonio y le sería permitido darse más liberalmente al servicio de su Esposo.



Por ello solicitaba con ternura a sus padres e insistía a menudo ante las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, que en Siena se llaman vulgarmente *Mantelatas*, para que la acogieran entre ellas y se dignasen concederle el hábito de su santa hermandad. Lapa, que no lo aprobaba demasiado gustosamente, aunque no se lo negaba, de todos modos pensaba siempre en el modo de apartarla de sus austeridades. Por esta razón decidió ir a tomar los baños y llevarse con ella a Catalina, a fin de que, distrayéndose algo con los recreos del mundo, se apartase también de las asperezas de su penitencia. No creo que ello sucediese sin la participación de la astucia del antiguo adversario, el cual, con todas sus fuerzas, intentaba arrancar a la esposa ferviente del abrazo del Esposo eterno sugiriendo insidiosamente malicias como aquellas a la demasiado ingenua Lapa.

Pero contra el Señor no hay consejo que valga. La esposa de Cristo, protegida completamente de armas victoriosas, transformaba las insidias del enemigo en su favor y en daño para él. También entre las delicias halló el modo de tratar duramente su propio cuerpo. Simulando quererse bañar mejor, se desplazaba hacia los canales por los que corren las aguas sulfurosas y, soportando en su tierna carne el agua hirviendo, castigaba su cuerpo mucho más que al golpearlo con la cadena de hierro.

Me viene ahora a la mente que una vez, mientras Lapa en presencia de su hija me hablaba de este baño, Catalina me contó todo lo que he escrito más arriba y añadió que, para hacerlo más cómodamente, había dicho a su madre que quería bañarse cuando todos los demás se hubieran ido; así lo hacía en efecto. Comprendía que, estando presente la madre, no podría de ninguno modo hacer ciertas cosas. Le pregunté cómo podía soportar tanto calor sin ceder y ella, con su gran sencillez, me respondió: "Mientras estaba en el agua, pensaba continuamente en las penas del infierno y del purgatorio y rezaba a mi Creador, al que yo había ofendido tanto, para que, en su misericordia, se dignase cambiar las penas que sufría entonces voluntariamente por las otras que sabía que había merecido. Pues consideraba con certeza que recibiría la gracia de su misericordia, todo lo que sufría se me hacía un placer y ni siquiera me quemaba a pesar del dolor que sentía".

Acabados los baños, volvieron a casa y la santa virgen inmediatamente a sus acostumbradas penitencias. La madre se dio cuenta de ello y perdió toda esperanza de verla cambiar de vida, aun-

que no podía evitar lamentarse continuamente por las austeridades de la hija. Pero Catalina, que no olvidaba nunca su santo deseo, cerrando las orejas a las lamentaciones de su madre, iba cada día a decirle que fuese a ver a las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo para convencerlas de que no le negasen el hábito a quien lo pedía con tanta avidez. La madre, vencida por su insistencia, fue a verlas; pero la primera vez las hermanas le respondieron que no era su costumbre vestir con aquel



hábito a vírgenes o muchachas, sino solamente a viudas de edad madura y de buena fama que se quisieran dedicar al servicio de Dios, pues como no guardaban una clausura total sino que permanecían en sus casas, era absolutamente necesario que supiesen regular ellas mismas su comportamiento.

Volvió Lapa con aquella respuesta tan satisfactoria para ella pero ciertamente tan poco grata para su hija. Sin embargo, Catalina no se inmutó en absoluto, sabiendo que las promesas del glorioso Padre no se perderían, sino que se ejecutarían perfectamente; insistió una vez más en persuadir a su madre para que, a pesar de aquella respuesta, no desistiera en la solicitud y para que, con oportunidad o sin ella, rogase a las hermanas que le concedieran el hábito. Así lo hizo, vencida por los ruegos de la hija, pero volvió con la misma respuesta.

Mientras tanto, Catalina enfermó de una cierta enfermedad que suele atacar a las jóvenes antes de llegar a su madurez. Quizá la causa estaba en el excesivo calor soportado en las aguas hirvientes; pero yo pienso que ocurrió por divina disposición y no sin misterio. Toda la piel de su cuerpo se llenó de ampollas o, para decirlo como los médicos, de pequeñas hemorragias subcutáneas, las cuales, además de transfigurarla hasta hacerla irreconocible, le provocaban una fiebre muy alta. Lapa, su madre, que amaba tiernamente a sus hijos pero que por Catalina sentía un amor especial, se afligió muchísimo. Pero esa vez no había ninguna razón para echar la culpa de ello a las abstinencias de su hija, porque aquella enfermedad parecía originarse más por exuberancia que por agotamiento y se sabía que era una dolencia corriente entre los muchachos y muchachas de su edad.

La afligida madre permanecía sentada junto a la cama, le aplicaba continuamente los remedios que podía y se esforzaba en consolarla con sus palabras. Pero la santa, que aun estando enferma tenía fuerte el deseo en su ánimo, considerando que aquella podía ser la hora propicia para obligar a la madre a consentir en todo lo que ella anhelaba, respondía sabiamente: "Oh dulcísima madre, si quiere que me cure y me ponga bien, haga que se cumpla mi deseo de recibir el hábito de las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo; de otro modo temo mucho que Dios y Santo Domingo, que me llaman a su santo servicio, dispongan que no me pueda tener más, ni con ese ni con ningún otro vestido".

La madre, oyendo cómo le repetía una y otra vez esos razonamientos, muy asustada, temiendo la muerte de su hija, fue corriendo a ver a las hermanas; les habló con tanto fervor que, vencidas por sus ruegos, modificaron la respuesta anterior y le dijeron. "Si su hija no es demasiado bella y agraciada, en consideración al deseo tan vivo de ella y al de usted, la recibiremos; pero si es demasiado bella, ya se lo hemos dicho, tenemos miedo de provocar algún escándalo a causa de la malicia de los hombres que ahora reina en el mundo; en cuyo caso nosotras no podremos de ningún modo aceptarla". A estas palabras la madre respondió: "Vengan a ver y juzguen por ustedes mismas".

Mandaron entonces con Lapa, para visitar a la virgen enferma, a dos o cuatro señoras elegidas entre las más prácticas y prudentes de ellas, a fin de juzgar su belleza y hacer averiguaciones

sobre su deseo. Durante la visita, no pudieron ver las bellezas de la santa, bien porque no era bella, bien porque la enfermedad la había deformado mucho, hasta el punto de que apenas se podían discernir sus facciones; sin embargo, pesando las palabras con las que manifestaba ardientemente su deseo, valoraron la prudencia y la sabiduría de la muchacha y a la vez se sorprendieron y se alegraron. Conocieron que aquella niña, si bien era joven en años, era también madura de mentalidad y que, ante Dios, en la virtud adelantaba a muchas ancianas. Así que salieron de allí edificadas y confortadas, y con mucha alegría refirieron a las otras hermanas lo que habían visto y oído.



Las hermanas, después de oír todo esto y después de tener la conformidad de los frailes, se reunieron y con voto unánime recibieron a Catalina como hermana. Luego avisaron a Lapa para que, desde que su hija se pusiese bien, la llevasen a la iglesia de los frailes Predicadores para recibir, según la costumbre, el tan deseado hábito de Santo Domingo en presencia de todas las hermanas y los frailes que se ocupaban de ellas. Cuando la madre se lo comunicó, con lágrimas de alegría agradeció en el mismo instante a su Esposo y al gran Padre Domingo, que así cumplía su promesa.

Entonces comenzó a rezar, no por el cuerpo, sino para satisfacer su deseo, para que aquella enfermedad acabase pronto y a fin de que el voto, que durante tanto tiempo no había podido cumplir, no se retrasara aún más. Y si antes ella se gloriaba de su enfermedad y gustosamente la soportaba por amor de su Esposo, entonces comenzó a pesarle y, asiduamente suplicaba al Altísimo que la liberase de ella y le permitiese cumplir su voto. Así ocurrió. En pocos días se curó, pues nada le podía negar Aquel a cuya voluntad se conformaba con gran aplicación. Efectivamente, todo lo que Catalina

pedía y deseaba estaba dirigido al Señor al que amaba con todas sus fuerzas y a cuyo servicio se había entregado y se había sometido enteramente.



Cuando recuperó su salud, parecía que la madre quería diferir la cosa, pero acabó cediendo ante la incesante insistencia de la hija. Llegó por fin el día y la hora establecidos por la divina Providencia para que, con gran alegría en el corazón, la santa recibiera el deseado hábito. Lapa y Catalina se dirigieron a la iglesia mencionada y, en presencia de todas las hermanas, en medio de una gran alegría, el hermano que en aquel tiempo se ocupaba de ellas, vistió a la santa virgen con las ropas que nuestros Padres eligieron como signo de inocencia y de humildad, con los colores blanco y negro, donde el blanco corresponde a la inocencia y el negro a la humildad.

A mi parecer no había hábito religioso más adecuado a aquel para mostrar el vestido interior de esa santa virgen. En efecto, ella usaba todos los medios de mortificar su cuerpos, extinguiendo exteriormente la vida del hombre antiguo junto con los gérmenes letales de la soberbia, lo que se figura con el negro; abrazó además, como se ha dicho, la inocencia de la virginidad de cuerpo y alma para acercarse con todas sus fuerzas al Esposo eterno, que es la verdadera luz, y llegar a ser ella también luminosa, lo que se figura con el blanco. Si el hábito hubiese sido todo blanco o todo negro, no se habrían expresado sino una sola de estas cosas; si hubiese tenido un color pardo o ceniciento,

aunque hubiera podido significar la mortificación, de ningún modo hubiera expresado la claridad y la pureza de mente.



Sabiduría de Catalina

Contaba pues la santa virgen a sus confesores, entre los cuales, sin mérito, me conté yo, que al comienzo de las visiones de Dios, esto es, cuando el Señor Jesucristo comenzó a aparecésele, una vez, mientras rezaba, se le puso delante y le dijo: “¿Sabes, hija, quién eres tú y quién soy yo? Si llegas a saber estas dos cosas, serás bienaventurada. Tú eres la que no es; yo, en cambio, soy El que soy. Si tienes en el alma un conocimiento como este, el enemigo no podrá engañarte y huirás de todas sus insidias; no consentirás nunca nada contrario a mis mandamientos y adquirirás sin dificultades toda la gracia, toda la verdad y toda la luz”.

¡Oh palabra pequeña y grande! ¡Oh breve doctrina y en cierto modo infinita! ¡Oh sabiduría infinita, encerrada en tan pocas sílabas! ¿Quién hará que yo pueda entenderte? ¿Quién me abrirá tus sellos? ¿Quién me conducirá a escrutar el abismo de tu profundidad? ¿Eres acaso tú aquella longitud y anchura, aquella altura y profundidad que el Apóstol Pablo deseaba comprender con todos los santos de Efeso? ¿O eres acaso una sola cosa con la Caridad de Cristo, la cual trasciende todo saber humano?

Querido lector, detente. No dejemos de lado el incomparable tesoro que encontramos en el campo de esta santa virgen. Excavemos resueltos el terreno, pues los signos que aparecen nos prometen una inmensa riqueza.

Dijo la Infalible Verdad: “Si sabes estas dos cosas, te salvarás. Si tienes en tu alma este conocimiento, el enemigo no podrá engañarte”. A lo que hay que añadir las demás cosas que hemos dicho más arriba. De verdad es bueno quedarse aquí; hagamos aquí tres tiendas: una, en honor de Jesús que enseña, penetrándonos la mente sus palabras; la otra, por amor y devoción a la virgen Catalina, que recibe estas enseñanzas, moviéndonos hacia ella con reverente afecto; la tercera, en provecho de cada uno de nosotros, que aquí encontramos la vida cuando lo imprimimos todo en nuestra memoria. Así podremos excavar y hacer nuestras las riquezas espirituales, sin vernos obligados a mendigar vergonzosamente.

Querido lector, detente. No dejemos de lado el incomparable tesoro que encontramos en el campo de esta santa virgen. Excavemos resueltos el terreno, pues los signos que aparecen nos prometen una inmensa riqueza.

Dijo la Infalible Verdad: “Si sabes estas dos cosas, te salvarás. Si tienes en tu alma este conocimiento, el enemigo no podrá engañarte”. A lo que hay que añadir las demás cosas que hemos dicho más arriba. De verdad es bueno quedarse aquí; hagamos aquí tres tiendas: una, en honor de Jesús que enseña, penetrándonos la mente sus palabras; la otra, por amor y devoción a la virgen Catalina, que recibe estas enseñanzas, moviéndonos hacia ella con reverente afecto; la tercera, en provecho de cada uno de nosotros, que aquí encontramos la vida cuando lo imprimimos todo en nuestra memoria. Así podremos excavar y hacer nuestras las riquezas espirituales, sin vernos obligados a mendigar vergonzosamente.

“Tú eres, dijo el Señor, la que no es” ¿No es acaso así? Toda criatura fue hecha de la nada por el Creador, porque el crear es hacer una cosa de la nada; y la criatura, abandonada a sí misma, tiende a volver a la nada. Por lo tanto, si el Creador cesara un solo instante de mantenerla, inmediatamente dejaría de hablarse de ella. Cuando la criatura comete pecado, que es la nada, siempre se acerca a la nada; tampoco, según el Apóstol, por sí sola puede hacer nada ni pensar cosa alguna. No es maravilla, pues por sí misma no puede ser, ni puede conservarse en el ser.

Fíjate pues, lector, hasta qué punto toda criatura está rodeada de nada. Trata con la nada, tiende naturalmente a la nada; con el pecado se reduce a la nada; nada puede hacer por sí, como afirma la misma Verdad encarnada, que dice: “Sin mí nada podréis hacer”.

Por tanto, se puede concluir que la criatura no es. ¿Quién tendrá el coraje de afirmar que aquella cosa sea, cuando no es nada? Cuáles y cuántas conclusiones verdaderas y útiles para alejar cualquier vicio se deducen de ello, es algo que conocieron plenamente los santos de Dios que, enseñados por el Espíritu Santo, estuvieron llenos de esta sabiduría.



¿Qué plaga de soberbia puede entrar en el alma que sabe que no es nada? ¿Quién se puede glorificar de una obra hecha, si sabe que no es suya? ¿Cómo considerarse superior a los demás si en lo íntimo del corazón sabe que no es? ¿De qué manera despreciará a los demás o los envidiará quien se desprecie a sí mismo hasta la nada? ¿Cómo podrá glorificarse de las riquezas terrenales quien ya haya despreciado su propia gloria? Dice la Sabiduría encarnada: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada”. Más todavía, ¿Cómo se atreverá a decir que son tuyas cosas del mundo quien sabe muy bien que le pertenecen y que son de Aquel que las hizo? Admitido esto, ¿qué alma podrá deleitarse en los placeres de los sentidos si se aniquila a sí misma con esta consideración? ¿Quién querrá seguir siendo perezoso, conociendo que su ser no es suyo, sino que intenta mendigarlo a otros?

A partir de estas cosas, aunque estén dichas con concisión, podrás comprender, lector, que todos los vicios quedan podados con estas tres palabras: “Tú no eres”. Ciertamente podríamos discurrir todavía más largamente, si no nos lo impidiese la narración de la vida que tengo la intención de escribir. Pero no debemos diferir la segunda parte de esta excelente doctrina.

Dijo pues la misma Verdad: “Yo soy el que soy”. ¿Es ésta acaso una doctrina nueva? Es nueva y es antigua. El mismo Señor que habla la dijo desde la zarza ardiente a Moisés. Todos los intérpretes de las Sagradas Escrituras han tratado sabiamente de ello, y en realidad han enseñado que sólo es Aquel al cual conviene el ser por esencia; en el cual no hay distinción entre Su esencia y su existencia; el cual de ningún otro tiene el ser, sino de Sí mismo y de Él proviene y procede todo otro ser. Sólo Él por tanto puede decir con propiedad una proposición semejante. Resulta maravilloso, porque, estudiando atentamente la definición de la creación, se deduce de manera infalible esta doctrina.

Si el crear no es otra cosa que hacer una cosa de la nada, es evidente que todo ser procede del mismo único Creador y que no puede provenir de ningún modo de ninguna otra parte, porque sólo Él es la fuente de todo ser. Admitido esto, se sigue que la criatura nada tiene por sí, sino que lo recibe todo del Creador y que el mismo Creador tiene la infinita perfección del ser, no de otro, sino de sí mismo. Si no tuviese en sí la infinita virtud del ser, de la nada no podría hacer alguna cosa. Esto es todo lo que el Maestro quiso enseñar a su esposa cuando le dijo: “Conoce en lo más íntimo de tu corazón que yo soy verdaderamente tu Creador y serás bienaventurada”.

"Yo soy el que soy"

El Señor dijo las mismas palabras a otra Catalina cuando, acompañado de un coro de Angeles y Santos, fue a visitarla a la cárcel. Le dijo: “Conoce, hija mía, a tu Creador”. De este conocimiento procede indudablemente toda perfección de virtud y toda buena ordenación de la mente creada.

¿Quién, sino alguien que no razona o que es tonto, deja de someterse espontáneamente y de buena voluntad a Aquel de quien reconoce tener toda cosa? ¿Quién no amará con todo su corazón y

con toda su mente a un tan grande y rico benefactor, que concede el bien a manos llenas? ¿Quién no se inflamará cada vez más de amor hacia un Amante tan amable que, sin ningún mérito, sin que lo mueva otra cosa que la eterna bondad, amó a las criaturas incluso antes de haberlas creado? ¿Quién no soportará todas las penas por amor de Aquel de quien ha recibido y recibe todo bien y confía seguirlo recibiendo en el porvenir? ¿Quién se cansará por las fatigas y se afligirá en las enfermedades si quiere gustar a una semejante Majestad? ¿Quién, según sus propias fuerzas, no obedecerá con ánimo alegre sus mandamientos?



Todas estas cosas manan de aquel perfecto conocimiento con el cual se dice: “Conoce que tú eres la que no es y que yo soy el que soy”. O bien, con otras palabras: “Reconoce, hija a tu creador”.

Considera ahora, lector, qué fundamento ha puesto el Señor desde el principio y como las arras de su esposa. ¿No te parece suficiente para que se sostenga una construcción de cualquier perfección espiritual, hasta el punto de que ni los vientos ni las tempestades pueden derribarla ni moverla? Yo, en la medida en que me lo ha concedido el Señor, te he hablado ya del fundamento de la credibilidad; ahora ves claramente además qué fundamento puso el Supremo Arquitecto en el ánimo de Catalina. Afirmado, pues con este doble fundamento, no podrás quedarte en la incertidumbre. Permanece en una firme y constante fidelidad; no seas incrédulo, sino fiel.

A la excelente doctrina que hemos expuesto, el Señor añadió otra, digna de ser recogida y que, si no me equivoco, es consecuencia de la primera. En efecto, se le volvió a aparecer más tarde y le dijo: “Hija, piensa en mí; si lo haces, yo pensaré de inmediato en ti”. Recuerda, lector, las palabras que el salmista grita a todos los justos: “Arroja al seno del Señor tu ansiedad, y él te sostendrá; no dejará que el justo se tambalee por siempre”. Veamos ahora cómo la santa interpretaba estas palabras.

Discurriendo conmigo sobre ellas en secreto, me decía que el Señor le había mandado entonces que expulsase del corazón cualquier otro pensamiento y que conservase sólo el de Él. Para que ningún afán temporal o espiritual la apartase de la paz de este pensamiento, añadió: “Yo pensaré en ti”, como si le hubiera querido decir: no te preocupes, hija mía, por la salud del alma y del cuerpo, porque yo quiero pensar en ello; sé y puedo, y quiero proveer a ello con premura. Busca sólo pensar en mí y comprenderme, porque en esto consiste tu perfección y tu último fin.

La virgen del Señor concluía de esta doctrina que, a partir del momento en que nos hemos dado a Dios con el bautismo y luego con la vida sacerdotal o monástica, no debemos absolutamente ser solícitos con nosotros, sino que sólo debemos tener afán de pensar en cómo agradar al Señor, al cual nos hemos dado. Y esto no con vistas al premio, sino a la unión, porque cuanto más dados a Él permanezcamos, tanto más le gustamos. El premio no debe desearse sino en la medida en que nos une con nuestro Principio infinitamente perfecto.

Por esto, cuando yo o algún otro hermano temíamos un peligro, ella solía decir: “¿De qué os preocupáis? Dejad hacer a la Providencia divina; por más miedo que tengáis, ella siempre tiene los ojos puestos en vosotros y no deja nunca de procurar vuestra salvación”.

Tanta fe en su Esposo la concibió después de haberle oído decir: “Yo pensaré en ti”. Adquirió entonces un concepto tan alto de la Providencia divina que no hacía sino hablar de ella continuamente, hasta el punto de que en el Libro que escribió no

dejó de discurrir sobre ella en un largo tratado y durante muchos capítulos, como cualquiera que lo la puede cerciorase.

Recuerdo que una vez, estando muchos en el mar con Catalina, hacia la mitad de la noche cesó el viento favorable a nuestra navegación y el timonel comenzó a coger miedo, porque decía que nos encontramos en un lugar muy peligroso y que, si se levantaba viento de costado, por fuerza nos haría dirigir a lugares lejanos o recalcar en las islas. Oído esto, hablé con ella y, con miedo, le dije: "Madre (todos la llamábamos así), ¿no ves en qué peligro estamos?" y ella me respondió de inmediato: "¿y vosotros qué podéis hacer?". Y así me hizo callar y me quitó el miedo.

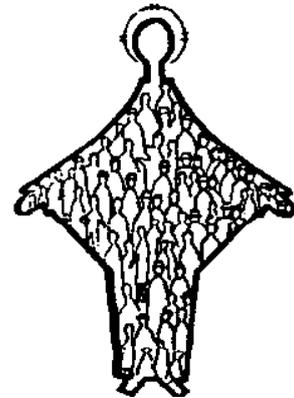
Poco después comenzó a soplar viento en contra y el timonel advirtió que se veía obligado a volver hacia atrás. Lo referí a la virgen y ella me respondió: "Vuelva atrás en nombre del Señor y vaya allí donde el Señor manda el viento". El timonel cambió de dirección y volvimos atrás, pero ella bajó y la cabeza y se puso a rezar. Cuando no habíamos recorrido aún un trecho largo como un tiro de ballesta, volvió a soplar el viento favorable y, guiados por el señor, cumplida la hora de maitines estábamos con gran alegría en el puerto al cual nos dirigíamos. Entonces cantamos en voz alta.: "Te Deum laudamos".

Esto lo he contado aquí no por el orden de la historia sino por la uniformidad de la materia.

Esta segunda doctrina, como he dicho antes, cualquier persona inteligente comprende que se deriva de la primera, porque si el alma conoce que por sí misma no es nada y que todo se lo debe al señor, resulta que no confía en sus operaciones, sino sólo en las de Dios. Por esto el alma dirige toda su solicitud a Él; lo que, a mi modo de ver, es tanto como dirigir el pensamiento al Señor, tal como dice el Salmista. Sin embargo, el alma no deja para más tarde hacer lo que puede, pues al derivarse tal confianza del amor y al causar necesariamente el amor al amante el deseo de la cosa amada (deseo que no puede existir si el alma no hace las obras que le son posibles) resulta que ella actúa por razón del amor. No por ello confía en su operación como cosa suya, sino como operación del Creador. Todo esto se lo enseña perfectamente el conocimiento de la nada que es y la perfección del mismo Creador.

Entre las cosas maravillosas de Catalina considero que hay que tener muy en cuenta su sabiduría; por ello no puedo dejar de añadir otras enseñanzas suyas que se derivan de la doctrina ya expuesta.

La santa virgen discurría a menudo conmigo sobre el estado en el que se encuentra un alma que ama a su Creador, y decía que esa alma no se ve ni se ama a sí misma ni a ningún otro; se olvida de sí misma y de cualquier otra criatura. Le pedí que fuese más explícita y me dijo: "El alma que ve su nulidad y conoce que todo su bien está en el Creador, se abandona a sí misma con todas sus facultades y todas las criaturas, y toda ella se sumerge en su Creador; de este modo dirige a Él principalmente y de manera total sus operaciones, y tampoco quiere de ningún modo alejarse de Él, en quien se da cuenta de que ha encontrado todo bien, toda perfección y toda felicidad. Por esta unión amorosa, que cada día aumenta, el alma se transforma en un cierto modo en Dios, hasta el punto que no puede pensar, entender y amar sino a Dios ni tener presente sino a Dios. A sí misma y a las demás criaturas no las ve sino a Dios, y no acuerda de sí misma y ni de los demás sino precisamente



en Dios. Le sucede como a aquel que se sumerge en el mar o que nada bajo el agua: no ve ni toca más que agua y aquello que está dentro del agua; y de aquello que está fuera del agua no ve, ni toca, ni palpa nada. Si los objetos que están fuera del agua se reflejan en ella, entonces los ve, pero sólo dentro del agua, tal como se proyectan en ella y no de otro modo. Ésta, decía, es la verdadera o recta dilección de sí mismo y de todas las criaturas, en la cual no se equivoca nunca porque, necesariamente gobernada por las reglas divinas, no desea para sí nada fuera de Dios, pues se ejercita en Dios y en Él permanece”.

No sé si he conseguido trasladar bien su pensamiento, pues ciertas cosas ellas las había aprendido por experiencia; pero yo, tan poco experto en la materia como soy, no tengo las cualidades necesarias para repetirlas bien. Medítalas, lector, o recíbelas según la gracia que Dios te haya dado. Pero sé que cuanto más unido estés a Dios, tanto mejor entenderás esta profunda doctrina.

A partir de una conclusión semejante, esa maestra de la ciencia divina deducía otra que no se cansaba de repetir a quienes deseaba dirigir en el camino de Dios.

Un alma unida a Dios en matrimonio del modo que hemos dicho, cuanto más amor tiene para con Dios, tanto más tanto odio tiene por sus propios sentidos. Del amor a Dios procede naturalmente el odio por la culpa que se comete contra Dios; por lo cual el alma, viendo que el germen de toda culpa reina en la parte sensitiva y que en ella echa sus raíces, impulsada por un gran odio contra esa parte sensitiva, hace toda clase de esfuerzos, no para destruir los sentidos, sino para aniquilar el germen que está arraigado en ellos; y ello no lo puede hacer sin un gran quebranto de los sentidos mismos. Pero puesto que es difícil que no quede alguna raíz de culpa, por pequeña que sea, según las palabras de San Juan: “Si dijéramos que no tenemos culpa, nos engañaríamos a nosotros mismos y no habría verdad en nosotros”, el alma comienza a tener un cierto disgusto por ella misma, del cual se origina el odio santo y el desprecio por sí misma, odio y desprecio que la defienden de las insidias del demonio y de los hombres. No hay nada que mantenga el alma tan segura y fuerte, como aquel santo odio al cual quería aludir el Apóstol al decir: “Cuando soy débil, entonces soy poderoso”.

“¡Oh eterna bondad de Dios!, exclamaba Catalina, ¿qué has hecho? De la culpa procede la virtud, de la debilidad la fuerza, de la ofensa la clemencia, del dolor el placer. Tened siempre en vosotros, hijos míos, ese odio santo, porque os hará humildes y siempre os sentiréis humildes. Tendréis paciencia en las adversidades, seréis moderados en la abundancia, os adornaréis con vestidos honestos, gratos y dilectos a Dios y a los hombres. Cuidado, mucho cuidado con quien no tenga ese odio santo porque, donde ese odio falta, reina necesariamente el amor propio, que es el pozo negro de todos los pecados, la raíz y la causa de todo pésimo afán”.

Estas palabras y otras semejantes decía cotidianamente a los suyos para recomendarles ese odio santo e incitarles a combatir el amor propio. Cuando advertía en alguno de ellos, o incluso en otros, algún defecto o culpa, decía: “Esto lo hace el amor propio que estimula la soberbia y los demás vicios”. Dios



**"Gustosamente me gloriaré
en mis enfermedades
a fin de que viva en mí
la fuerza de Cristo"**

mío, cuántas y cuántas veces he oído repetirme, a mí, mísero: “Haga todos los esfuerzos para erradicar de su corazón el amor propio y para implantarse ese odio santo; porque éste es infaliblemente el camino regio por el cual se llega a toda perfección y se enmienda todo defecto”. Pero debo confesar que ni entonces ni ahora he querido comprender la profundidad y la utilidad de sus palabras, ni tampoco he intentado ponerlas en práctica.

“El poder se realiza en la debilidad”, como ella oyó que le decían desde el cielo mientras rezaba para que le fuese alejada la tentación (y concluía: “Gustosamente me gloriaré en mis enfermedades, a fin de que viva en mí la fuerza de Cristo”), verás qué los fundamentos doctrinales de esta santa virgen están puestos encima de la sólida piedra de la Verdad, que es Cristo, el cual es llamado también Piedra.

Caridad con los pobres

Cuando la virgen se dio cuenta de que sería más agradecida al señor cuanto más caritativa fuese respecto del prójimo, con todas sus fuerzas se preparó y se capacitó para ayudar a los necesitados. Pero como no tenía nada suyo, como verdadera religiosa que había prometido observar los tres principales votos y para no aprovecharse de las cosas de los demás, fue a ver a su padre y le pidió permiso para dar limosna a los pobres, según la necesidad, cuanto el Señor les concediese a él y a su familia. El padre consintió gustoso, porque veía cada vez con mejores ojos a su hija andando por el camino del Señor. Y le dijo que sí, no a escondidas, sino que hizo de ello un mandato a todos los de su casa, diciendo: “Que nadie se oponga a mi muy querida hija cuando quiera hacer limosna, porque le doy manos libres para que distribuya hasta si quiere todo lo que tengo en mi casa”. Obtenido un permiso como aquel, la santa virgen comenzó a dar con largueza los bienes de su padre; pero como poseía de modo especial el don de la discreción, no daba a cualquiera que se le presentase; era de gran generosidad con aquellos que sabían que eran verdaderos necesitados, aunque no se lo hubiesen pedido.

Mientras tanto había llegado a sus oídos que no lejos de su casa había ciertas familias necesitadas que no llamaban a su puerta porque se avergonzaban de pedir limosna y que padecían una gran miseria. Ella no se hizo la sorda y muy de mañana, llevando trigo, vino, aceite y cuanto podía obtener, se presentó en aquella casa a llevarlo.

La peste en Siena La gran pacificadora



Santa Catalina de Siena



“Vino a Florencia en el mes de mayo del año MCCCLXXIV, cuando fue el Capítulo de los Hermanos Predicadores, por mandato del Maestro de la Orden, una vestida de beata de Santo Domingo que tiene por nombre Catalina de Jacobo de Siena, la cual es de veintisiete años de edad y se piensa que es una santa sierva de Dios; y con ella otras tres mujeres beatas de su hábito, que están para su custodia; y, oyendo la fama de ella, procuré verla y aceptar su amistad”.

Así relata el escritor anónimo de los *Milagros*, y las palabras citadas son las únicas que nos dice referentes a esta primera visita de Catalina a Florencia. Con todo, aun en su concisión, han dado lugar a una floración de leyendas, esto es al relato de un proceso (o, digamos también, examen, interrogatorio) realizado respecto de Catalina por los participantes en el Capítulo General de la Orden Dominicana en Santa María la Novella en Florencia, en la llamada “Capilla de los Españoles”. Recientemente un agudo y exhaustivo artículo del P. Centi ha demostrado la inanidad de tales construcciones.

De todos modos, queda en pie el hecho que Catalina se encontraba en Florencia en mayo de 1374, y que allí se encontraba casi con certeza Raimundo de Capua, en la circunstancia, si no del Capítulo general, al menos del provincial, celebrado a continuación. Y no se excluye que Catalina conociese ya a Raimundo desde hacía algún tiempo.

Catalina probablemente se estableció en casa de sus hermanos, que vivían en el Canto Soldani, en una calle que desembocaba en la plaza del Arno, y frecuentó la iglesia de Santa María Novella. Entre los familiares le resultó queridísima su sobrina Nanna, hija de su hermano Benincasa, y justamente a ella se dirige la carta “de las vírgenes prudentes” con aquel fascinante simbolismo adaptado a una niña:

“... ¿Sabes cómo se entiende esto, hija mía? Por la lámpara se entiende nuestro corazón; ya que debe de estar hecho como la lámpara. Tú ves bien que la lámpara es ancha por arriba y estrecha por abajo; así está hecho el corazón para significar que nosotros debemos tenerlo ancho por arriba, esto es por santos pensamientos y santas imaginaciones y por la oración continua; teniendo siempre en la memoria los beneficios de Dios, principalmente el beneficio de la sangre, por la cual hemos sido comprados”

Entre las amistades que hizo, la más eminente resultó la establecida con Nicolás Soderini, ciudadano honrado y noble de la Florencia de entonces, devoto siempre de Catalina. Ésta, bajo los primeros calores de junio, caminaba ya por la ruta que de Florencia conduce a Siena, seguida de la cuadrilla de las compañeras y de algunos discípulos, a través de los collados rocosos del Chianti y las colinas del Poggibonsi. Y cuando llegó a Siena, según el relato tradicional, tuvo una inspiración decisiva para su vida e historia. Un día de junio, probablemente el 24, fiesta de San Juan Bautista, entró en Santo Domingo y asistió a la misa celebrada por el P. Tomás della Fonte con asistencia de Bartolomé Domenici y de Raimundo de Capua (a quien ella, como hemos dicho, ya había encontrado en Florencia o anteriormente); y durante el rito, oyó una voz inequívoca en lo profundo de sí misma, que le sugería confiar su propia alma al P. Raimundo. Este vino desde entonces a ser su confesor, después de haber “tomado las consignas” del P. Tomás della Fonte, quien preparó relaciones escritas de los favores místicos disfrutados por Catalina y de las gracias a ella concedidas.

Raimundo de Capua, perteneciente a la familia noble delle Vigne, la misma del celeberrimo canciller de Federico II, había nacido en 1330 en Capua; había entrado jovencísimo en religión y había adquirido una notable cultura teológica y



humanista; había estado en Roma, Bolonia y Montepulciano de 1363 a 1366 ó 1367, y había escrito una vida de Santa Inés de Montepulciano y un comentario al *Magnificat*. Cuando asumió la dirección de la Santa tenía conocimiento de los pareceres discordantes de parte de los dominicos respecto a ella; mas apenas tuvo familiaridad con ella y conoció los detalles de su vida espiritual, se colocó entre los favorables. ¿Quién le habría dicho entonces que también él, como fray Tomás Caffarini, habría de escribir tanto de la virgen de Fontebranda hasta transmitir a la historia como biógrafo primero y principal sus maravillas?

Mas, después de la vuelta de Florencia, ¿en qué condiciones Catalina encontró a Siena y qué venganza pudo tomar de las malas lenguas que había intentado enredarla dentro de un zarzal ardiendo antes de su partida! Una venganza muy suya y esta vez a rostro descubierto, en pública actuación día y noche, sin reservas de ningún género, sin límites...: la revancha silenciosa, a ultranza, de la caridad prodigada a todos, con riesgo de su vida, en una medida constantemente heroica.

Porque en Siena arreciaba la peste, y Catalina se lanzó de cabeza entre los apestados, se zambulló en la muerte sin morir y asombró al pueblo en el que había nacido.

El primer empleo lo encontró en su propia casa, donde Lapa sobrevivía al frente de once nietecitos confiados a ella, de los cuales ocho entraron en agonía y murieron, sepultándolos Catalina con sus propias manos; pues no había que pedir ayuda para los muertos, visto que no la había para los vivos. Y por cada uno que enterraba, repetía divinamente: "A éste ya no lo pierdo para la eternidad".

Pero Lapa a su lado lloraba a lágrima viva, herida en aquella maternidad indómita, que, después de sus veinticinco hijos, revivía en los once nietos; y luego se unió la muerte de Bártolo, hermano de Catalina, quien se había repatriado volviendo con Catalina de Florencia, y luego también la muerte en Roma de Esteban, a quien Catalina vio morir por visión sobrenatural, de modo que exclamó: "Sabed, pobre madre, que vuestro hijo Esteban ha pasado a la otra vida". Por lo cual, Lapa rompía en lágrimas de la mañana a la noche y deploraba haber escapado a la muerte seis años antes: "Mas ¿acaso habrá Dios puesto en mi alma en el cuerpo atravesada para que no pueda salir? ¡Cuántos hijos e hijas, grandes y pequeños, se me han muerto...!"

Después Catalina se puso en movimiento de Fontebranda hacia la ciudad; pasaba la carreta colmada de cadáveres y el cochero llamaba de casa en casa: quien los tenía recientes, los cargaba, y el carro seguía corriendo. En algunas calles ninguna voz respondía ya a la llamada: las casas eran ya tumbas y los sepultureros no subían a retirar los muertos. Alguno de los que pasaban caía de improviso en tierra, extenuado súbitamente y además convulso, y el resto de la agonía la pasaba sobre el adoquinado, si los piadosos no lo recogían; entre estos auxiliares los sacerdotes eran los más asiduos, iban y venían, cayendo también ellos.

"Nunca – escribe Caffarini- había parecido Catalina tan admirable como entonces: siempre en medio de los heridos por la peste, les preparaba para morir, los enterraba con sus propias manos. Yo mismo presencié el celo hecho de amor con el que asistía y la maravillosa eficacia de sus palabras, que realizaron tantas conversiones. Muchos escaparon a la muerte en virtud de su extraordinario sacrificio, y, mientras era incasable en su obrar, invitaba a las compañeras a hacer otro tanto. En cuanto a sí misma, era insensible al temor y a las repugnancias: *había estado muerta y había vuelto a la vida*". Este golpe final de cincel completa su vigoroso retrato.

Frente al milagro fuerte y amable de su blanca figura dentro de todos los meandros de la muerte de los sienenses, también los suspicaces y agrios, creyeron en ella, es decir, aprendieron a conocerla. A pesar de que era ya tan conocida y seguida, los más en Siena no la habían tratado en persona; ahora, finalmente, la veían un poco todos, porque su actividad se esparcía por aquí y allá, de un hospital a otro, por las calles, por las casas; y era una caridad bien singular. No ya un simple acto de sacrificio a favor de los que sufrían, sino un arriesgar la vida, y hasta hacer de ello virtualmente un chorro para salvar las almas. La obra asistencial de Catalina mantuvo este carácter sobresaliente, siendo terapia del espíritu a través del consuelo en el tormento corporal.

Durante 1374 Catalina se trasladó dos veces a Montepulciano, y sus visitas estuvieron adornadas por hechos milagrosos, dentro de la atmósfera claustral que envolvía los despojos incorruptos de Santa Inés, como por un sorprendente encuentro póstumo de esta veneradísima santa con la virgen de Fontebranda.

Dos sobrinas de Catalina, hijas de Bartolo y de Lisa, una de las cuales se llamaba Eugenia, tomaron el hábito entre las religiosas de Montepulciano; Catalina las acompañó en la vestición y fue éste el segundo viaje a Montepulciano.

“Carísima hija en el dulce Cristo Jesús —escribió Catalina a esta Eugenia —, yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesús, te escribo en su preciosa sangre, con el deseo de verte gustar el alimento angélico, puesto que no has sido hecha para otra cosa... A esto te invito a ti y a las otras: y te mando, dilectísima hija mía, que estés siempre en la casa del conocimiento de ti misma, donde encontramos el alimento angélico, encendido deseo de Dios hacia nosotros; y en la celda actual con la vigilancia y la humilde, fiel y continua oración; despojando tu corazón y afecto de ti y toda creatura, y vestida de Cristo crucificado... Piensa que tu esposo Cristo, dulce Jesús, no quiere nada entre ti y Él, y es muy celoso. Donde en seguida que viese que tú amases alguna cosa fuera de Él, Él se marcharía de ti; y serías digna de comer el alimento de las bestias. ¿Y no serías tú bien bestia, y alimento de bestias, si dejas al Creador por las creaturas, y el bien infinito por las cosas finitas y transitorias, que pasan como el viento? ¿La luz por las tinieblas? ¿La vida por la muerte? ¿Lo que te viste de sol de justicia con la hebilla de la obediencia?

Y aquí una secuencia de consejos prácticos:

“Y para que esto no pueda jamás ocurrir, mira que no sea tanta tu desgracia que aceptes trato particular ni de religioso ni de seglar. Que si yo pudiera saberlo u oírlo, si yo fuese aún más larga de lo que soy, te daría tan gran disciplina que todo el tiempo de tu vida la tendrías presente; fuera quien fuese. Mira que no des ni recibas sino por necesidad, recordando en común a toda persona de dentro y de fuera. Estate totalmente firme y madura en ti misma. Sirve a las hermanas caritativamente con toda diligencia, y especialmente a aquellas que ves en necesidad. Cuando pasan los huéspedes, y si te llamaren a las rejas, estate en tu paz y no vayas allá; mas lo que quisieren decirte, se lo digan a la priora; a no ser que la priora te lo mandase por obediencia. Entonces inclina la cabeza y estate selvática como un erizo. Ten en la mente los modos que aquella gloriosa virgen Santa Inés hacía guardar a sus hijas. Ve para la confesión, y di tu necesidad; y, recibida la penitencia, huye. Mira ya que no fuesen de aquellos con quien tú te has educado, y no te maravilles de que diga así; ya que muchas veces me puedes haber oído decir, y así es la verdad, que las conversaciones con el vocabulario perverso de los devotos y de las devotas echan a perder las almas y las costumbres y observancias de las religiosas.

Procura que no enlaces tu corazón con otro que con Cristo crucificado; ya que a veces querrías desatarlo, y no podrías pues te sería muy duro. Digo que el alma que ha gustado



el alimento angélico, ha visto con la luz que esto y otras cosas susodichas le son un modo de impedimento para su alimento, y por ello lo rehuye con grandísima solicitud. Y digo que ama y busca aquello que le hace crecer y la conserva. Y ya que ha visto que gusta mejor este alimento con el medio de la oración hecha en el conocimiento de sí, con todo eso, allí se ejercita continuamente en todos aquellos modos con que más pueda acercarse a Dios.

De tres suertes es la oración. La una es continua, esto es, el deseo santo continuo, el cual ora en la presencia de Dios en lo que haces; porque este deseo endereza a su honor todas las obras espirituales y corporales; y, con todo, se llama continua. De ésta parece que hablase el glorioso San Pablo cuando dijo: *Ora sin intermisión*. El otro modo es oración vocal, cuando vocalmente se dice el oficio u otras oraciones. Esta está ordenada para llegar a la tercera, esto es, a la mental; y así allí lleva al alma cuando con prudencia y humildad ejercita la oración vocal, esto es, que hablando con la lengua, su corazón no esté lejos de Dios. Mas débese ingeniar para detener y establecer su corazón en el afecto de la divina caridad”.

“Ama aquello que hace crecer y conserva el alma”

En tanto salía a plena luz un lado de la misión de Catalina, que era sembrar paz donde hubiese discordia: llevar no ya un acuerdo, sino la paz profunda de Cristo. Si había algo necesario en la revuelta sociedad de su tiempo, era esto, puesto que odios y reyertas constituían el pan cotidiano de aquellos grupos soberbios, nobles agnaticios, transformados en consorcios de armas y de matanzas. “El odio en el Medioevo – escribe Capecelatro- tenía una tenacidad y un vigor ignorado en nuestros días. La exuberancia de la vida en aquel tiempo en que los hombres parecían llenos de sangre juvenil, y que, dirigida por las prácticas del cristianismo, producía prodigios de caridad, se distinguía igualmente en aquellos odios morales que resistían aun a los instintos de la fe, entonces tan potente **“Ora en la presencia de Dios en lo que haces”** en la sociedad las costumbres paganas y bárbaras de sus antecesores

no habían sido destruidas del todo para quienes los últimos momentos de la vida, tan solemnes si eran bendecidos y santificados por los consuelos de la religión, eran elegidos para asegurarse que la sed de la venganza en el pecador moribundo habría de durar también más allá de la tumba. Juramentos horribles aseguraban pactos tan inicuos, y el Omnipotente, el Dios de la gracia y del perdón, era invocado como testigo de la actuación sanguinaria de sus hijos, que se creían obligados a satisfacer una obligación infame cual herencia de sus padres”.

Lo que realmente da vértigo, pensando en los odiadores implacables y en sus usanzas o casi, es el hecho que los tales viviesen en piedad sincera y practicasen oraciones públicas y personales y que en ellos el borbotón de la fe y de la piedad se detuviese frente al gran escollo de la venganza o les pasase en torno sin superarlo. En medio de una tal sociedad Catalina debía llevar el mandato

**La misión de Catalina:
sembrar la paz donde hubiese discordia,
la paz profunda de Cristo**

divino de la paz.

Entre los primeros nombres que se nos ofrecen cronológicamente, he ahí los Belforti, nobles antiguos de Volterra, antes poderosos. Una tragedia ruidosa habría de arrollar después de no mucho tiempo toda la rama frondosa de la estirpe: en 1411 Bocchino sería asesinado junto con muchos de sus partidarios, y se cerraría de este modo una historia que venía de generaciones, esto es, el predominio de la familia en Volterra, historia densa de gestas valerosas y no exenta de atropellos. El hermano de Bocchino, Piero, se casó con Agnela Salimbeni y se estableció en Siena. En tiempo de Catalina los Belforti contaban muy bien con diecinueve guerreros, todos audaces, sensibles a las ofensas y fáciles al desdén contra quien osase atentar contra su grandeza. Entre tanto, la familia de Bocchino sufría graves duelos en los hijos más pequeños, y su mujer, Monna Benedicta, lloraba amargamente. A ésta le escribe Catalina para aliviarla:

“Consolaos, pues, puesto que Dios no lo ha hecho para daros muerte, sino para daros vida, y para conservaros la salud. Empero, yo os ruego por amor de aquella dulcísima y abundantísima sangre, que fue derramada por nuestra redención, a fin de que la voluntad de Dios sea plena en vos, y a fin de que todas estas amarguras redunden en vuestra santificación: sí, como quiere la voluntad de Dios, vos a la verdad os vestís de la virtud de la paciencia, como está dicho”.

Y la santa continuaba laborando al vivo sobre el desprendimiento:

“Yo no quiero que penséis en el hijo vuestro que os ha quedado, como en cosa vuestra, puesto que no es vuestra (también seríamos ladrones); sino como cosa prestada para usarle en vuestra necesidad... ¡Oh inestimable dilección de la caridad!... Y si me dijeseis yo “no puedo concertar esta sensualidad”, digo que quiero que venza la razón. Y asume tres cosas: la una es la brevedad del tiempo; y la otra la voluntad de Dios, que los ha llevado a Sí... La tercera cosa es el daño que seguiría de la impaciencia. Consolaos, pues, ya que el tiempo es breve, y la pena es poca y el fruto es grande... Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor”.

Pero aún tomaba más a pecho Catalina enseñar la paz a los miembros jóvenes de la familia que, por lo que se refiere a la paz, la practicaban poco: a Benuccio, hijo de Piero y de Monna Angela, y a Bernardo de Micer Huberto, a quienes se dirige en una carta magnífica, hablando de la caridad:



“La virtud de la caridad y de la humildad se encuentran y se adquieren sólo manado al prójimo por Dios”; ya que el hombre humilde y pacífico expulsa de su corazón la ira y el odio hacia el enemigo, y la caridad expulsará el amor propio de sí mismo, y ensanchará el corazón con una caridad fraterna, amando amigos y enemigos como a sí mismo por el desangrado y aniquilado Cordero; y le dará paciencia contra toda injuria que le fuese dicha o hecha, y una fortaleza dulce para llevar y soportar los defectos de su prójimo. Entonces el alma, que tan dulcemente ha adquirido la virtud, habiendo seguido las huellas de su Salvador, endereza todo el odio que tenía a su prójimo, hacia sí misma, odiando los vicios y los defectos y los pecados que ha cometido contra su Creador, bondad infinita. Y por eso quiere tomar venganza de sí, y castigarlos en su parte sensitiva; esto es, puesto que la sensualidad es un vivir mundano y apetece odio y venganza de su prójimo, así la razón ordenada en caridad perfecta y verdadera, quiere hacer lo contrario, queriendo amar y hacer las paces con él. Y así todos los vicios tienen por contraria la virtud. Y ésta es la virtud que hace apaciguar el alma con Dios; de modo que con la virtud toma venganza de la injuria que se le hace.

Y por eso os dije que deseaba ver vuestro corazón y afecto pacificado con vuestro Creador. Este es el verdadero camino: no hay ningún otro. Yo, pues, hijos míos, deseando vuestra salvación, quisiera que con el cuchillo del odio fuese quitado el odio de vosotros, y no hicieseis como los necios y locos, que, golpeando a los otros, se golpean a sí; ya que la tienen clavada en el corazón la punta del odio, y su corazón ha muerto a la gracia. No más guerra, pues, por amor de Cristo crucificado. Y no pretendáis tener en el tormento el alma y el cuerpo. Tened temor del juicio divino, que está siempre sobre vosotros.

No quiero decir más sobre esto; las otras cosas **“La virtud de la caridad y de la humildad se encuentran y se adquieren sólo amando al prójimo por Dios”** que tocan a vuestra salvación, os la diré de boca. Mas ahora os ruego y os apremio de parte de Cristo crucificado acerca de dos cosas: la una es que yo quiero que hagáis las paces con Dios y con vuestros enemigos; porque en otro caso no las podríais hacer con la dulce Verdad, si antes no las hicieseis con vuestro prójimo. la otra es que no os sea molestia venir un poco hasta mí lo más pronto que podáis. Si no me fuere a mí tan dificultoso ir, yo iría a vosotros. No digo más. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor”.

Misión divina de catalina

El Esposo que está en los cielos, hablando en el Cántico a su querida y dilecta esposa, le dice: “Ábreme, hermana mía, amiga mía, enamorada mía; mi cabeza está cubierta de rocío y mis cabellos están llenos de la escarcha de la noche”. La esposa responde: “Ya me he quitado la túnica, ¿cómo lo haré para volver a vestirme? Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciármelos?”

Comienzo la segunda parte de la historia de Catalina refiriendo las palabras del cantar de los Cantares porque, si hasta ahora hemos discurrido sobre los abrazos de Jacob y de Raquel y sobre la óptima parte elegida por María, ha llegado el tiempo de hablar exhaustivamente de la fecundidad de Lía y del asiduo ministerio de Marta. Así haremos resaltar ante los ojos de los fieles a esa esposa de Cristo, no sólo en las apariencias de su alma, sino también en la fecundidad de una filiación espiritual.

A cualquier alma que haya gustado cuán atrayente es el Señor se le hace muy difícil apartarse o alejarse de la plenitud de sus actividades. Si esto hubiera de ocurrir, la esposa llamada por Dios a generar hijos y a llevarles lo necesario no podría dejar de resentirse, refunfuñar un poco y manifestar su resentimiento.



Estas son las razones por las cuales he referido más arriba la voz del Esposo, que despierta a la esposa que duerme en el lecho de la contemplación, despojada de las cosas temporales y lavada de toda inmundicia y la invita a abrir la puerta, la cual no es ciertamente la suya, sino la de las almas. Su puerta, sin duda, estaba ya abierta; de otro modo no hubiera podido reposar en el Señor ni, en términos rigurosos, se hubiera podido llamar esposa.

Catalina, que había oído de la voz misma de su Pastor y Esposo que era llamada desde la suavidad de la quietud hacia las fatigas, desde el silencio hacia los ruidos, desde el retiro en la celda hacia el público, respondió con voz lamentosa: “Ya me he despojado de los vestidos de todo cuidado terrenal: ahora que los he arrojado fuera de mí, ¿deberé volvérmelos a poner? He lavado de toda mancha de pecado y de vicio los pies de mis afecciones, ¿deberé ahora ensuciármelos de nuevo con el polvo de la tierra?”

Cuanto hemos dicho, apliquémoslo ahora a nuestra finalidad.

Cuando el Salvador de los hombres, el Señor Dios Jesucristo, hubo colmado de delicias a su esposa, cuando la hubo adiestrado en la milicia espiritual con muchos combates y la hubo dotado de excelentes dones con la enseñanza de una doctrina extraordinaria, no queriendo que una tan gran luz quedase escondida bajo el celmín sino, al contrario, queriendo mostrar a todos la ciudad que estaba en lo alto del monte, para que la esposa misma restituyera con creces los talentos que le habían sido confiados por el Señor, la llamó y le dijo: “Ábreme”.

“¡Ábreme!”

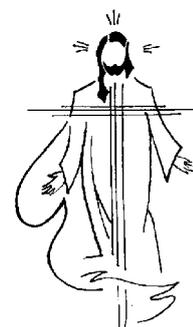
Esto quiere decir: ábreme con tu ministerio la puerta de las almas, para que pueda entrar en ellas; ábreme el camino por el cual puedan ir y venir libremente mis ovejillas a pacer la hierba; ábreme también a mí, esto es, a mi honor, cofre del tesoro celestial, de las doctrinas de la gracia, para que se reparta a plenas manos entre los fieles. Ábreme, hermana mía, por la conformidad de la naturaleza; amiga mía, por la íntima caridad; paloma mía, por la simplicidad de la mente; inmaculada mía, por la pureza del alma y del cuerpo.

A todas estas cosas la santa virgen respondió al pie de la letra.

Me contaba en secreto que cuando por orden del Señor estaba obligada a salir de la celda para hablar con el prójimo, sentía en el corazón un dolor tan agudo que le parecía que se le iba a despedazar y que nadie podía obligarla a hacer aquello como no fuera el Señor.

Celebrados ya los esponsales, el Señor, poco a poco, con calma y mesura, la llevó al trato con los hombres, sin por ello quitarle la conversación con Dios; más todavía, por lo que se refiere al grado de la perfección, más bien se lo aumentó, como veremos seguidamente.

Alguna vez, durante las visitas que le hacía para instruirla sobre el reino de Dios y para hacerla participe de los secretos divinos, después de haber recitado con ella los Salmos o las horas canónicas, le decía: “ve: es la hora de comer y los tuyos quieren ponerse a la mes. ¡Ve! Está con ellos y luego vuelve conmigo”. Entonces ella se ponía a llorar fuertemente y decía: “¿Por qué, dulcísimo Esposo, me haces marchar? ¡Pobre de mí! Si he ofendido a tu Majestad, aquí está este cuerpecillo: que sea castigado a tus pies. Yo misma estaré contenta de hacerlo. No permitas que me aflija la dura pena de estar de algún modo o durante algún tiempo separada de ti, Esposo mío amadísimo. ¿Qué me importa comer? Tengo que tomar un alimento que no conocen aquellos con los que me haces ir. ¿Vive acaso el hombre tan sólo de pan? ¿No es acaso vivificada el alma de todo caminante por la palabra que sale de tu boca? Como lo sabes mejor que yo, he huido de toda conversación para encontrarme contigo, Dios y Señor mío; ahora, cuando por tu misericordia te he encontrado y cuando por benignidad tuya, aun siendo indignísima, te poseo con placer, no debo en absoluto dejar un tesoro incomparable para mezclarme de nuevo en los asuntos humanos, de tal modo que vuelvan a crecer mis ignorancias y, deslizándome poco a poco, me haga réproba ante ti. ¡Oh, no Señor! Mantén lejos de la inmensa perfección de tu bondad, tanto si me ordenas a mí como a otros, el haber de estar de ningún modo separados de esta misma bondad”.



Tras estas y semejantes palabras, que la virgen había dicho más con las lágrimas que con la voz, postrada a los pies del Señor, Él le respondió: “Tranquilízate, dulcísima hija: es preciso que cumplas con tus deberes para que así puedas favorecerte, por mi gracia, a ti misma y a los demás. No pretendo separarte de mí; más aún, deseo estrecharte más fuerte mediante la caridad del prójimo. Ya sabes que los preceptos del amor son dos: el amor hacia mí y el amor al prójimo; en esto, tal como he dado testimonio, consiste la Ley y los Profetas. Quiero que cumplas estos dos mandamientos. Debes en efecto caminar, no con uno sino con dos pies, y con dos alas volar al cielo”.

“Recuerda que el celo por las almas, que desde tu infancia he sembrado y he regado en tu corazón, creció tanto que te habías propuesto fingirte hombre y dirigirte a países lejanos para entrar en la Orden de Predicadores y ser así más útil para ti y para las almas. Aquel hábito que buscaste con tanta constancia por el gran amor que tenías por mi fiel siervo Domingo, quien fundó su Orden principalmente por el celo por las almas, ahora ya lo tienes. ¿De qué te maravillas y te lamentas, si te llevo a hacer aquello que en la infancia deseaste?” Y ella, algo consolada por la respuesta, como un día lo hizo la Virgen María, repitió: “¿Y esto cómo sucederá?” Y el Señor dijo: “Según disponga mi bondad”. Y Catalina, como una buena discípula imitadora del Maestro, respondió: “No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya en todas las cosas, porque yo soy tiniebla y tú luz; yo no soy y tú, en cambio, ere Él que es; yo soy ignorantísima y tú eres la Sabiduría de Dios Padre. Pero te lo ruego, Señor, si no es demasiada presunción: ¿cómo sucederá lo que ahora has dicho, que yo, pobrecilla y frágil, pueda ser útil a las almas? Mi sexo, lo



**"No se haga, Señor, mi voluntad,
sino la tuya en todas las cosas,
porque yo soy tiniebla y tu eres luz"**

sabes, os repugna por muchos aspectos: bien porque no es tenido en consideración por los hombres, bien porque, por razones de honestidad, no está bien que una mujer esté en medio de ellos”.

A estas palabras, el Señor respondió como un día lo hizo el arcángel Gabriel, que nada es imposible para Dios. Él dijo: “¿No soy acaso Aquel que creó el género humano y lo dividió en varón y hembra? Yo difundo donde quiero la gracia de mi espíritu. Ante mí no hay varón ni hembra, ni rico ni pobre, sino que todos son iguales porque toda cosa la puedo yo igualmente. Me es tan fácil crear un ángel como una hormiga, como los cielos, como crear un gusano cualquiera. Está escrito de mí que he hecho todo lo que he querido hacer, porque nada me es imposible”.

“¿Tendrás todavía dudas? ¿Crees tú, acaso, que no sé o que no sea bueno hallar el modo de cumplir lo que he dispuesto y determinado hacer? Pero conozco que no hablas por falta de fe, sino por humildad. Debes saber por tanto que en estos últimos tiempos ha aumentado tanto la soberbia, especialmente entre los hombres que se creen letrados o sabios, que mi justicia no los puede soportar más in que un justo castigo los confunda. Pero puesto que mi misericordia aparece en toda obra mía, primero les daré una saludable lección para ver si, reconociéndose a sí mismos, se humillan; tal como lo hice con los judíos y los gentiles, cuando mandé entre ellos a unos idiotas que llené de virtud y de sabiduría divina. Si entonces se reconocen a sí mismos y se humillan, usaré plena misericordia con ellos. Seré misericordioso con aquellos que, según la gracia recibida, acojan y sigan con reverencia mi doctrina, presentada en vasos frágiles pero elegidos. A quienes no quieran oír la saludable lección, con mi justo juicio los reduciré a una tal confusión que serán objeto de desprecio y de burla por parte de todo el mundo. Es muy justo, en efecto, que quien se quiera alzar por encima de sí mismo sea rebajado. Por ello, obedece con valor cuando te mande luego entre la gente. Te halles donde te halles, no te abandonaré ni dejaré de visitarte como acostumbro, ni de dirigirte en todo lo que debas hacer. “

“Nada me es imposible”

Oído esto, la santa virgen se inclinó con reverencia ante el Señor y, como una verdadera hija de la obediencia, dejó inmediatamente la celda y se fue a la mesa con los suyos, cumpliendo el mandato del Señor.

A partir de entonces comenzó a surgir dentro de ella el deseo, que luego se hizo incontenible, de recibir a menudo la santa Comunión, a fin de que no sólo el espíritu estuviese unido con el Esposo eterno, sino que también el cuerpo lo estuviese con su Cuerpo. Ella sabía, en efecto, que aunque el venerable Sacramento del Cuerpo del Señor produzca en el alma la gracia espiritual y la una a su Salvador, unión que es el fin por el cual hasta sido instituido el Sacramento mismo, sin embargo, quien se alimenta de Él verdaderamente, de inmediato se une con Cuerpo de Él, aunque no se trate de una unión del todo corpórea. Por ello, queriendo unirse siempre más con el objeto tan noble de su amor, estableció tomar cuanto más a menudo pudiera la Comunión.

Así pues, el Señor la estimulaba y la guiaba diariamente para que tratase con simplicidad a los hombres, par que obtuviese de ellos por fin aquel fruto que quería conseguir de nosotros. Así sucedió que la virgen del Señor, par no parecer ociosa a los ojos de los suyos, comenzó de nuevo a ocuparse alguna vez de las cosas de la casa; entonces ocurrieron tantos hechos extraordinarios y tan dignos de ser notados, que prefiero contarlos en un nuevo capítulo.



Lo que he escrito en el presente capítulo no podía testimoniárselo más que la santa virgen, pues son cosas que me dijo ella sola.



Inicio de la vida pública de Catalina

Cuando la virgen consagrada a Dios comprendió bien que la voluntad del Esposo era que algunas veces ella se acercase a las personas, decidió vivir de tal modo que su conversación no resultase infructuosa sino que, al contrario, fuese ejemplo de buen vivir para quien hablase con ella. Así, para la edificación del prójimo, insistió primero en los actos de humildad y luego, poco a poco, en los actos de caridad, pero sin olvidar la devota y continua plegaria, unida siempre a una incomparable penitencia.

Comenzó a hacerse toda ella humilde ante los siervos más bajos: barría, lavaba los platos y hacía de todo: ¡había que ver aquella criada eficaz! Pero el mayor afán lo tenía cuando la criada de la casa estaba enferma. Redoblaba entonces las fatigas cotidianas, cuidaba a la enferma y servía en su casa en su lugar. Era admirable. Atareada como estaba, no abandonaba ni un momento las delicias de su eterno Esposo y parecía tan naturalmente inclinada, en cada hora y en todo tiempo, a unirse en la mente con Él que, cualquiera que fuese el trabajo que estuviese haciendo o la ocupación que tuviese, de ningún modo se alejaba de sus castos abrazos. Así como la llama no puede sino tender a lo alto, así su espíritu, incendiado por el fuego del divino amor, casi por naturaleza, se erguía hacia las cosas que están en lo alto, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios.

Con mucha frecuencia sufría aquel arrobamiento que se llama éxtasis. Mil veces lo hemos visto, mis hermanos y yo, que plenamente sola, iba a casa de aquellos pobrecitos; por un milagro del Señor siempre encontraba el portón abierto y podía así depositar en el interior cuanto había traído consigo; luego volvía a cerrar el portón y huía de allí.

Decidió ser ejemplo de buen vivir para quien hablase con ella.

Un día cayó enferma, hasta el punto de que toda ella era un hinchazón. No podía levantarse de la cama ni ponerse de pie. Cuando supo que cerca de su casa vivía una pobre viuda con hijos e hijas que padecían hambre, sintió compasión; a la noche siguiente rezó a su Esposo para que le concediese salud suficiente para tener tiempo de ayudar a la pobrecilla.

Antes del alba se levantó y, dando vueltas por la casa, llenó de trigo un saquito que pudo hallar; también cogió un gran frasco y lo llenó de vino, y otro frasquito más pequeño de aceite; cuantas cosas buenas para comer halló, las llevó a su habitación. Aunque de una en una había podido llevar todas aquellas cosas a su habitación, no parecía posible que las pudiese transportar por sí misma de una sola vez, dada la distancia, hasta la casa de la viuda; de todas maneras, acomodándolas y adaptándolas a su cuerpo, esto es, cogiendo una cosa con el brazo derecho, otra con el izquierdo, cargándose una tercera a los hombros y atándose otra a la cintura, con la esperanza de la ayuda divina, intentaba levantar aquel peso. Súbitamente, con la ayuda milagrosa del Señor, se levantó tan ágil como si todas aquellas cosas hubiesen perdido su peso. Me confesó a mí y a sus otros confesores



que llevaba todo aquel peso con la misma facilidad con la que hubiera llevado una hebra de paja, cuando, echando cuentas, todo lo que llevaba encima debía pesar casi cien libras.

Al tocar la campana del alba (antes de aquel toque no estaba permitido andar por las calles), la santa virgen, aunque era joven y tenía hinchado todo el cuerpo, sola y con su piadosa carga, salió de su casa hacia la de la viuda, muy aprisa, como si estuviese en perfecta salud y no llevase ningún peso.

A medida que se acercaba a la habitación de la pobrecita, la carga comenzó a hacerse sentir tan pesadamente que se le hacía imposible seguir adelante. Considerándolo una broma de su dulcísimo Esposo, recurrió con fe al Señor y, para merecer más, arrastrándose con dificultades, llegó hasta la puerta de la casa de aquella necesitada; por disposición divina halló entornada la puerta, metió un brazo dentro, la abrió más y lo depositó todo en el interior. Pero al dejar aquellas cosas así aumentadas de peso, hizo algún ruido que despertó a la pobre. Catalina intentó entonces salir huyendo pero no pudo hacerlo porque el Esposo celeste continuaba la chanza con ella. La fuerza que había recibido por sus oraciones y que le había permitido levantarse de la cama, ahora le había sido quitada y ella permanecía allí, pesada y débil, sin poder moverse.

Entonces, dolorida y a la vez sonriente, dijo al Esposo: “¿Por qué, dulcísimo, me has engañado así? ¿Te parece bonito escarnecerme y turbarme teniéndome aquí? ¿Quieres acaso poner de manifiesto mis tonterías a cuantos están en esta casa y, dentro de poco, a cuantos pasen por la calle? ¿Has olvidado acaso las misericordias que te has dignado demostrar a tu indignísima sierva? Te lo ruego, devuélveme las fuerzas para que pueda volver a casa”. Y se esforzaba por moverse, diciendo también a su cuerpo: “¡Debes caminar, aunque hayas de morir!”.

Mientras tanto, más que caminando andando a cuatro patas, se alejó un poco, pero no lo suficiente, de modo que la pobre viuda al aparecer pudo reconocer el hábito de su benefactora, con lo cual adivinó luego la persona. El Esposo celestial, viendo el afán interno de su esposa y sin poder en cierto modo soportarlo, le restituyó, aunque no toda, la fuerza que le había quitado antes. Con gran fatiga llegó la virgen a casa antes de que fuese plenamente de día y se metió en la cama muy debilitada, porque sus enfermedades no estaban reguladas según el orden natural sino según lo que el Altísimo permitía.

Catalina: obra maestra de la gracia



A las puertas del Tercer Milenio, parece que existe en el seno de la Iglesia y de sus comunidades una justificada prisa por ganar terreno en la definición de grandes temas que ayuden a todos los cristianos, hombre y mujeres, a vivir con protagonismo su vocación, siendo artífices, cada uno desde sus capacidades y misión específica, del anuncio del Reino de Dios y su justicia.

Esa urgencia por tener las cosas claras y por ofrecer a todos los hombres el mensaje de Jesucristo con fidelidad, no admite, principalmente por parte de las nuevas generaciones, respuestas estereotipadas, y mucho menos fórmulas antiguas que no dan respuesta a los verdaderos interrogantes e inquietudes de los hombres de nuestro tiempo. Hoy nadie se conforma con el “sí porque sí”, ni con excusas tan gastadas como “siempre se hizo así y basta”. Estamos en un momento de autenticidad y compromiso, y se necesita, tal vez, más que nunca, modelos concretos que encarnando el estilo de Jesucristo plasmado en la Bienaventuranzas del Reino, sean capaces de cuestionar la vida, seducir corazones y enrollar en el mensaje de la gracia a los que, buscando la verdad, reclaman **vida y coherencia** como una referencia para lanzarse radicalmente a su consecución, vivencia y anuncio.

Entre estos grandes temas y desafíos figuran, sin duda, la renovación de la Iglesia y de algunas de sus tradicionales posturas, y van desde el papel de la mujer en ella, el compromiso por la justicia y la paz, la doble fidelidad en la que se mueve la vida del cristiano: a Dios y a los signos de los tiempos, etc.

Es válido y enriquecedor volver nuestra mirada a Catalina de Siena: una mujer que “hizo época”, que vivió con audacia estos cambios y su vocación, y que supo plasmar como mujer íntegra las exigencias del Evangelio, dejándose seducir por Jesucristo y viviendo apasionadamente los acontecimientos que la rodeaban, al tiempo que se comprometía en la transformación de la Iglesia y de la sociedad.

Difícilmente encontraremos alguien, a lo largo de la historia, que haya sido tan dura y clara para con los que en su tiempo presidían la Iglesia; difícilmente haya habido alguien que con tanta clarividencia haya podido escrutar el entramado de la “nave de Pedro” y de la sociedad y alzar su voz reclamando coherencia, denunciando el pecado personal e institucional y anunciando la urgencia de un retorno a Jesucristo Redentor de la humanidad. Pero no olvidemos que, todo eso pudo ser, porque estaba animado por **una apasionado amor a Jesucristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia**. Descuidar este aspecto fundamental, nos llevaría a mutilar a Catalina de Siena, que es precisamente la mujer que ha pasado a la historia por su **Amor a la Iglesia** por la que ofreció su vida.



Por eso, es ella quien mejor puede darnos la clave de lectura y de acción a la hora de emprender la tarea de la “Nueva Evangelización” con la que queremos dar credibilidad a la Iglesia, devolver a su mensaje el contenido fundamental del Evangelio y mostrar a todos los hombres su rostro misericordioso y maternal.

Pablo VI sentenciaba con voz grave: “**Bienaventurados estos tiempos difíciles que nos obligan a la santidad**”. Obligación que excluye la mediocridad y que es la piedra de toque para vivir

con ilusión y entusiasmo renovado y creativo los desafíos de nuestra sociedad postmoderna. Obligación que asumió Catalina de Siena a la que no achicó ni la corrupción de los que mandaban; ni los enfrentamientos políticos; ni las difamaciones; ni las diversas tentaciones que a menudo la acechaban. Ella, una mujer que no tuvo respetos humanos cuando descubrió las exigencias de la gracia, nos estimula y empuja para ser animadores de la auténtica renovación de la Iglesia y de sus estructuras; de nuestra sociedad. Renovación que verifica su autenticidad en una profunda vivencia de la intimidad con Jesucristo; en un sereno discernimiento de los acontecimientos a los que supo ver bajo la luz de Dios, y en su compromiso insobornable con los hombres, sus hermanos.

Ahora bien, “**la mística**” de su vida, el secreto de su fecunda maternidad espiritual, la capacidad irresistible a atraer a Dios los corazones más endurecidos, radica en lo que ella llamó “**la celda interior del conocimiento de sí**” que constituía el espacio en el cual aprendió a tratar con Dios y que le reveló Su verdad y Su designio salvador.

La suya: una vida vivida a tope.

Su doctrina: reflejo de su vida interior.

Su desafío: vivir apasionados por Jesucristo y construir nuestra vida viviendo a Dios – amor.

Es tarea imposible resumir en pocas páginas la vida, obra y mensaje de esta “mujer titánica”, “**obra maestra de la gracia**”, como la definió Juan Pablo II. Por eso, nuestro intento será dar unas pinceladas de su vida y de su manera particular de entender y encarnar la vocación a la vida cristiana, de modo que ellas nos introduzcan en la lectura directa de sus mismas obras y de las biografías de los testigos de primera hora.

Me permito la libertad de recomendar a los lectores la audacia de acercarse a Catalina sin prejuicios, buscando el secreto de su vida e intimidad con Dios, para que ella pueda transmitirnos la fascinación del seguimiento de Jesucristo y la fuerza de Su gracia que pudo hacer de ella, una sencilla e iletrada mujer del pueblo: una gran maestra de la espiritualidad; una madre capaz de engendrar a Dios en los corazones y transmitirles su misericordia incondicional; una incansable promotora de la paz y la justicia; una dominica de cuerpo entero.

Una mujer ¡cómo Dios manda!

Catalina es el claro exponente de que la mujer no es inferior al varón, y aquello del “sexo débil” no es más que uno de los tantos errores que cometió el afán de marginar a la mujer a lo largo de la historia, con muchas connotaciones machistas. Ella supo ponerse a la altura de las circunstancias y pudo desempeñar al más alto nivel los más altos niveles de amistad, de influjo social, nacional, eclesial, familiar, etc., y todo esto lo hizo sin renunciar a la maternidad de la que ahora se piensa que “entorpece la realización social de la mujer en cuanto a cargos de gestión”. El amplísimo campo de acción que abarcó su vida y el protagonismo que tuvo en los acontecimientos, son ilustrativos de lo mucho que puede hacer la mujer en la sociedad y en la Iglesia, sin que su misión se reduzca a temas puntuales que impiden avanzar en el despliegue de sus potencialidades al servicio de la humanidad y del Reino.

Catalina fue la Mamma del mundo. Los condenados a muerte, los cardenales, los intelectuales, “los obres diablos”, el Papa, supieron lo que era un corazón femenino que daba **VIDA** con mayúscula.



La pasión por Cristo, el gran amor de la historia, hizo que le entendiera hasta el punto de EXIGIRLE lo que le pedía. Porque, era tal su identificación con Él, que Catalina no quería más que lo que Jesús quería.

“Yo quiero”. ¿La razón? Porque Dios lo quiere. Porque esta es su voluntad. El secreto del *io voglio*, del voluntarismo de Santa Catalina, nos dice Morta, está aquí: está apasionadamente identificada con la voluntad de Dios. Sólo puede querer lo que Él quiere, pero no puede dejar de querer lo que Dios quiere en sí misma, o en los demás miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia... En última instancia hay que reconocer en este rasgo de su personalidad una manifestación más allá –más allá de toda medida corriente- de su naturaleza, **“que es fuego, porque Dios la ha hecho partícipe de su naturaleza”**. Una expresión cuya fuerza guarda proporción sólo con el amor que le arde dentro, no con las normas corrientes del trato humano.

Supo ser mujer, esposa y madre en su oración a Cristo y le pidió con imperio todo aquello que le rogaba porque le quería y quería a los hijos que Él le había dado.

Catalina es una mujer con peso específico que ha demostrado su valía femenina con su vida y su entrega, amando delicadamente, exhortando con firmeza, siendo toda de Dios y toda para los hombres.

Maternidad fecunda

Catalina posee una rica y armoniosa personalidad que es capaz de subyugar y convencer a cuantos con ella trataron en vida y a cuantos intentamos acercarnos a su regazo a lo largo del tiempo.

Tuvo especial influencia espiritual en el numeroso y heterogéneo grupo de discípulos que constituyeron su familia espiritual, y que fueron los que se beneficiaron de su influjo, de su palabra oportuna, de su paciencia y de su impulso a las cumbres de la santidad. Todos la llamaban Mamma, y ella, con clara conciencia de lo que este nombre significaba y de su responsabilidad, ora, insiste, reprocha, exhorta y... espera. Veamos un relato que nos muestra estas múltiples facetas de su maternidad, que con inteligencia lúcida y entrañas de misericordia vive con sus “hijos”, llamados los Carterinatos, -hoy diríamos algo así como sus “fans”-.

Se trata de Francesco Malavoti, discípulo suyo que frecuentemente desertaba del grupo volviendo a su vida pasada disipada y de pecado. Ante los otros discípulos que se impacientaban, y hasta pedían que lo excluyera del grupo –a lo mejor porque no tenía buena prensa andar en una escuela tan noble con un sujeto tan disipado y mundano-, Cata-

“No pido en ti más que cumplas la voluntad de Dios” lina decía: **“Dejadle, es mi pájaro salvaje, pero yo le echaré un lazo con el cual ya nunca vuelva a escaparse de mis manos”**. Y a él mismo le escribe: **“No te dejes engañar, ni por temor al demonio ni por vergüenza. Rompe este nudo; ven, ven hijo carísimo. Yo te puedo llamar con razón caro, ¡tantas lágrimas!, sudores y amarguras abundantes me cuestan.... Discúlpame delante de Dios, porque yo ya no puedo hacer más. Y al decirte que vengas, que seas constante, no pido en ti más que cumplas la voluntad de Dios”**.

La madre Teresa María Ortega nos dirá de Catalina que bien se la puede catalogar como directora de almas de pulso firme y seguridad doctrinal, porque no duda, no hay oscilación en sus con-



sejos; en ellos es dulce y enérgica a la vez, y su mano blanda de mujer sabe ser también fuerte y recta.

Finalmente hay que reconocer que su influjo en las almas que se le encomendaban se debía principalmente a que fue capaz de engendrar en ellas a Cristo, de avivar el deseo de entrega a Él y a su causa. Para esta misión a la que destinó la providencia de Dios, fue dotada de grandes dones: intuición femenina y entereza que hacían de sus palabras de invitación una autentica imposición, aún sin ella pretenderlo. En Catalina lo que se imponía era el amor sin medida – fuego- y la pasión con la que vivía su vocación. Era capaz de atrapar irresistiblemente a cuantos la trataban.

El conjunto de sus condiciones humanas, pero fundamentalmente su ascendiente divino, la hacían irresistible en sus exhortaciones, de modo que, como dice Morta, “**subyugaba irresistiblemente**”.

Mujer de “la Iglesia”. La Iglesia es Jesús.

Hablar de Catalina y hablar del amor a la Iglesia es casi obligado ya que su amor por la Esposa de Jesucristo, fue la pasión que definió su existencia y agotó toda su substancia. Para Catalina la Iglesia es Jesús y su pasión por ella era la pasión de una enamorada de Cristo y de los hijos, es decir, el Cuerpo Místico completo. Su afán era que el Papa estuviera a la altura de lo que era y luchó con la misma audacia con éste como con Cristo para exigirle cuanto deseaba.

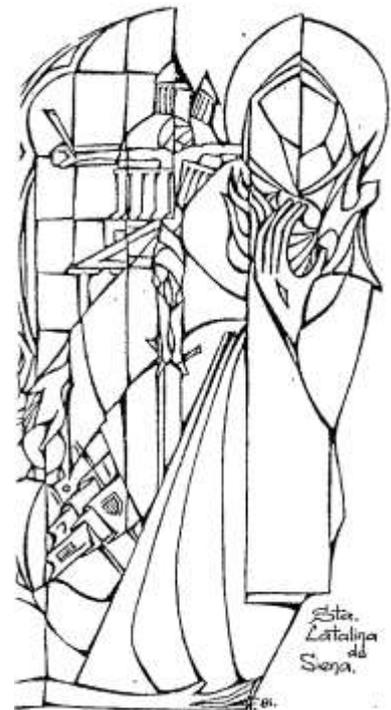
Como Catalina era una mujer transida por el AMOR y la VERDAD, supo vivir su vocación y misión eclesial con la más pura seducción femenina, aquella de quien tiene ternura y convicción; brío en sus entrañas. Supo, para ganar la causa, poner dulzura en la expresión y energía, en el consejo y en el mandato... Y en eso, no se le calla ni al Papa. Eso sí, puede hablar, porque tiene una vida que la respalda, porque su móvil es el amor y porque su “denuncia” es un anuncio positivo del plan salvador de Dios.... Muy lejos está de la crítica fácil y superficial de los que se quejan y critican por pura comodidad, contentándose con tirar piedras contra el propio tejado y dejando para los otros la tarea de construir con santidad de vida la Iglesia, nuestra Madre. Fue toda una mujer de las que hoy hablamos.

Conocida es la frase de Catalina que resume su espíritu eclesial y su amor “hasta dar la vida por la Iglesia: **“Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia”**. Su amor a la Esposa de Cristo la lleva a desvivirse por ella y a amarla, no como hubiera querido que fuera, sino como en realidad era. El amor en la Verdad, es el que hizo la capaz de no ahorrar esfuerzos por devolverle la hermosura que Jesucristo había dibujado en sus entrañas.

“Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia”

Supo sentir a la Iglesia como algo tan suyo, que se llegó a sentir identificada con sus males, hasta el punto de considerarse obligada a resolverlos. Sabe que por ella misma no puede, pero cuenta con la ayuda del Señor.

Fue capaz de engendrar en las almas a Cristo, de avivar el deseo de entrega a Él y a su causa



Los malos ministros fueron su gran preocupación y sus pecados la sobrecogían en un tormento atroz. La mediocridad y el espíritu mundano y relajado de los religiosos, las injusticias y la soberbia, los múltiples pecados de impureza, la avaricia y la simonía que se habían colado en las filas de la Iglesia, lejos de detenerla, la hacen lanzarse con mayor fuerza a la reforma, pero con la clara idea de que ésta sería posible sólo si se comenzaba por la autorreforma, la de sí misma, y a ella se dio con todo el ímpetu de su juventud. Catalina ora con intensidad, incansablemente, con dolor, con confianza ilimitada: **“Yo – pone en labios del Señor- me dejaré obligar por el deseo, las lágrimas y las oraciones de mis servidores, y haré misericordia a mi Esposa, reformándola con santos y buenos pastores”**.

Su amor a Jesús se dilata, se hace insaciable, infinito, al punto que se extiende por todo su Cuerpo Místico por el que ofrece su vida: **“Toma mi corazón y exprímelo sobre el rostro de tu Santa Iglesia”**.

Encarnación femenina del proyecto de Domingo

La profunda sed de salvar a los hombres y la búsqueda constante de Dios –amor a la humanidad y a su Creador- son la clave de su vida dominicana. El influjo del convento de los Predicadores bajo cuya sombra nació, creció y vivió, maduró en ella su amor a Domingo, que se hizo prolongación en el tiempo de su espíritu, habiendo llegado a encarnar, como nadie, el ideal apostólico y contemplativo que definió la vida de Domingo.

Transida de misericordia supo sumergirse en el corazón de los acontecimientos que la rodeaban, mirarlos con los ojos de Dios, buscar en ellos la Verdad y ser portadora de la paz y el bien que Jesucristo imprimía en sus entrañas.

Al igual que Domingo, su soledad con el Señor, en sus largas vigiliadas de plegaria, la llevan a salir a la calle durante el día para servirle en los más desfavorecidos y anunciarles, desde la compasión y cercanía amiga, su servicio y ayuda, para luego, ganarlos para Dios.

El deseo de encender el mundo con el nombre de Jesucristo, de anunciarlo, transmitirlo, hacerlo amar, y el apoyo de **“su comunidad itinerante”** a la que ella misma instruía, la llevó no sólo a abrir caminos inéditos –para la mujer de aquella época... y de la nuestra... – de predicación y protagonismo social, político y eclesial; -sino que también lo hizo en el campo de la interioridad, demostrando con su vida, que la fuerza y la eficacia **viene de dentro**. Al igual que Domingo, su oración es la fragua de toda su actividad, en ella madura la historia y de ella sale el anuncio positivo del Evangelio, que por su misma fuerza se convierte en denuncia de los que de Él se apartaron, abriendo caminos misericordiosos de retorno seguro.

